LA LUZ VERDE

Lucy Valiente

LA LUZ VERDE

Lucy Valiente

LA LUZ VERDE

Lucy Valiente

Nota al texto

Esta obra es una novela corta centrada en un romance en época contemporánea con elementos de ciencia ficción, está protagonizada por sevillanos

y se dirige a un público adulto, abierto a contenido sensible como puede ser el sexual o la violencia de cualquier tipo.

La versión física cuenta con varias ilustraciones en blanco y negro.

A ti, lector, por haberme animado y por haber escogido esta historia entre tantas otras. De corazón espero que te guste.

ÍNDICE

1

Costa de Huelva, año 2028

El coche siguió la ruta que Víctor había establecido. De un momento a otro, los pinos a mi alrededor dejaron ver el mar y la casa junto a él. Víctor me había asegurado que allí sería capaz de encontrar la inspiración que tanto se me resistía desde hacía un año, que volvería a dibujar, y mi primera impresión fue que era posible.

Las puertas del coche se abrieron en cuanto este se detuvo frente a la casa. Víctor se apeó enseguida y caminó hacia el maletero, donde la bandeja ya le esperaba extraída para que cogiese mi equipaje con facilidad. Yo, en cambio, me quedé quieta en mi asiento, observando la casa.

Tres grandes bloques de color crema, dispuestos a distintas alturas y con las aristas redondeadas, se alzaban en lo alto de una pequeña elevación de la playa. El cristal dominaba la mayor parte de la fachada, especialmente en el lado que miraba hacia el mar. El edificio apenas distaba unos metros de él y casi no se distinguía de la arena, como si fuera el enorme castillo de un niño.

—¿Vamos? —preguntó.

Bajé del coche e intenté llevar algo de mi equipaje, pero él se negó. Le seguí hasta el rellano de la entrada principal, y allí se inclinó sobre un lector de iris ubicado en mitad de la puerta, que se abrió tras un pitido. La puerta tenía tal grosor que cabía mi mano abierta.

El interior era prácticamente diáfano y estaba dominado por las líneas sencillas y por distintos tonos de marrón. Había un pequeño vestíbulo que comunicaba con la cocina, a mi derecha, separada del salón solo por una isla, y a la izquierda se accedía al dormitorio a través de unos pocos escalones. Delante de mí se desplegaba el mayor ventanal que había visto hasta el momento, y que hacía que pareciera que la casa flotaba sobre el agua.

Aunque no había visto cámara alguna, Víctor me había contado que se hallaban por todo el exterior y que también había sensores de calor y movimiento. Allí estaría completamente a salvo y podría trabajar con absoluta tranquilidad. Mi padre nunca hubiera aceptado que yo me fuera sola a aquella casa sin contar con la seguridad que

ofrecía la empresa de Víctor.

La iluminación y la temperatura me resultaron muy agradables, y además, había un delicioso aroma que no fui capaz de identificar. Víctor dejó las maletas sobre el sofá y se dirigió hacia un pequeño recuadro de cristal que había en la pared, junto a los escalones.

—Jack —me pareció oírle decir.

—Comando correcto —contestó una voz de hombre. Una voz muy natural—. ¿Sí, Víctor?

—Te presento a la nueva inquilina. —Víctor me hizo señas para que me acercase a él—. Se llama Lucía.

—Encantado de conocerte, Lucía —dijo la IA—. Mi nombre es IACH: Inteligencia Artificial Computarizada Habitacional. Pero puedes llamarme Jack, como Víctor, o ponerme cualquier otro nombre.

Avancé hacia aquel cristal con cautela. No era la primera casa domotizada que conocía, por supuesto, pero nunca había hablado con una IA. Aunque Víctor me había estado explicando todo durante el trayecto, no sabía muy bien qué esperar. De momento, sonaba como si allí dentro hubiera una persona; aunque carente de inflexiones, no era la típica voz enlatada que solían ponerle a cualquier aparato inteligente.

—No pasa nada —aseguró Víctor—. Él cuidará de la casa y de ti mientras tú te centras en hacer lo que te gusta. ¿Verdad, Jack?

—Sí, Víctor.

—¿Prefieres algún nombre? —pregunté.

La IA no respondió enseguida esta vez, igual que si se hubiera sorprendido.

—El que prefieras tú, Lucía.

—Yo le digo Jack porque se parece a IACH —intervino Víctor—, ¿no crees? Pero sí, ponle el nombre que más te guste. Aunque antes tenemos que grabarte como administrador. Ven, ponte delante del cristal.

No podía verse nada al otro lado, salvo una diminuta luz verde que, deduje, indicaba que la IA estaba encendida. Escuché un pitido

similar al de la puerta principal y supe que acababa de leer mis iris.

—Lucía —dijo la IA—. Acércate y sopla.

—El aliento es otra forma de identificarte —aclaró Víctor al verme dudar—. Forma parte de la confirmación en cuatro pasos obligatoria. Sopla ahí, en los agujeros.

Hice lo que me decían, aunque me sentí muy extraña.

—Ahora di algo —pidió la IA.

—No tengo ni idea de qué…

Sonó un pitido y me quedé callada.

—Comando registrado —dijo la IA—. Ahora coloca una mano en el cristal.

El material estaba frío, y tan impoluto que mi mano dejó una huella evidente.

—Nuevo inquilino registrado —dijo la IA—. Bienvenida a casa, Lucía. Reiniciando.

La pequeña luz se tornó roja y tardó tres segundos en volver a ser verde.

—Ahora di su nombre, el que tiene ahora —indicó Víctor.

—Comando correcto —dijo la IA—. ¿Sí, Víctor?

—Jack —dije.

—Comando correcto. Buenos días, Lucía. ¿Cuál es mi nuevo nombre?

Tardé tanto tiempo en decir algo que la IA volvió a hacer la pregunta.

—No sé… ¿Qué tal si te dejo el mismo?

La IA se mantuvo en silencio un segundo y se limitó a volver a preguntarme su nuevo nombre.

—Déjale el mismo —intervino Víctor—. Luego se lo puedes cambiar. Pero no le preguntes lo que quiere él, Lucía. Es una máquina.

—Vale —suspiré.

—¿Cuál es mi nuevo nombre? —dijo la IA otra vez.

—De momento te diré Jack, sí.

—¿Puedo sugerir un nombre más abreviado?

—Necesita que digas solo el nombre —aclaró Víctor.

—Oh, perdón —le dije a la IA, haciendo que Víctor se riera.

—¿Cuál es mi nuevo nombre? —dijo la IA.

—Jack —contesté.

—Nombre registrado. Gracias, Lucía.

Víctor frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada —dijo sacudiendo la cabeza—. Bueno, me voy. —Me dio dos besos de despedida—. Cualquier cosa, me llamas. Puedes pedírselo a Jack directamente.

—Vale. Gracias, Víctor.

—No es nada. Te adoro casi tanto como a tu padre.

Salió por la puerta principal y poco después escuché el coche alejarse. Según me había dicho, el vehículo regresaría en unas tres horas. Sabía que era absurdo, pero no me pareció que me hubiese quedado sola.

Miré de reojo a la IA y la luz verde parpadeó una vez.

—¿Jack?

—¿Sí, Lucía?

Me fijé en que la huella de mi mano seguía en el cristal.

—¿Cómo puedo limpiarte?

—No soy el cristal, Lucía. Estoy en toda la casa.

Un estremecimiento me recorrió. Era extraordinario lo mucho que se parecía a un ser humano.

—Papel y un poco de agua —añadió.

Fui a la cocina y el grifo se activó antes de que me hubiera acercado a él del todo. Cuando coloqué un vaso debajo del grifo, el agua se cortó en cuanto el vaso estuvo lleno hasta la mitad. Cogí un par de servilletas y regresé junto a la IA. El cristal parecía frágil, así que lo limpié con mucho cuidado.

—Gracias, Lucía.

—De nada.

Me bebí el resto del agua y fui a enjuagar el vaso y a tirar la servilleta. El grifo volvió a activarse solo.

—¿Cómo lo haces? —pregunté.

—Estoy en toda la casa.

Miré a mi alrededor. Si había cámaras fuera de la casa, también podía haberlas dentro, y pensar en ello me encogió el estómago.

—¿Qué sucede? —preguntó la IA. Me volví enseguida hacia el cristal—. No detecto ningún tipo de amenaza.

—¿Captas los gestos?

—Cuento con SRFA: Sistema de Reconocimiento Facial Avanzado.

—¿Desde aquí?

—Repite la pregunta.

—Jack, ¿hay cámaras en la casa?

—Sí, Lucía.

Le di la espalda. La IA volvió a preguntar qué era lo que ocurría.

—¿Se pueden apagar?

—Eso limitaría mi capacidad para cumplir con mi objetivo.

—No me has contestado.

—Tú tampoco.

Miré de nuevo el cristal.

—¿Seguro que no eres una persona?

La IA se quedó en silencio un segundo entero.

—¿Cuál es el problema con las cámaras? —preguntó—. Acabo de comprobar que los seres humanos se exponen a diario a miles de ellas y no muestran tus parámetros.

—¿En su casa?

La televisión se encendió de repente. En la pantalla empezaron a sucederse numerosas imágenes de personas en sus casas, algunas de ellas haciendo cosas íntimas.

—Quita eso —pedí apartando la vista.

—Sí, Lucía.

—Quiero que las apagues —dije muy seria.

—Eso limitaría mi capacidad para cumplir con mi objetivo.

—¡Me da igual! No quiero que me vea nadie desde su casa.

—Eso es imposible, te lo aseguro.

—Pero acabo de ver a otras personas.

—Son casas domotizadas sin IACH. En una casa como esta no puede entrar nadie sin mi permiso.

—¿Ni siquiera de la empresa de Víctor?

—En una casa como esta no puede entrar nadie sin mi permiso —dijo sin un ápice de vacilación.

Una máquina no podía mentir, eso lo sabía todo el mundo. Suspiré y la luz verde del cristal parpadeó.

—¿Problema resuelto? —preguntó.

—Sí, Jack. Voy a ducharme.

Cogí las maletas del sofá y subí los escalones para dejarlas sobre la cama. Era inmensa. Aquella zona respetaba también los tonos tierra conjugados con el blanco, y me resultó un ambiente acogedor para dormir. Además, olía particularmente bien y la temperatura era algo más alta.

—¿El aroma es correcto? —preguntó la IA, provocándome un respingo. Allí también había un cristal, junto a la puerta del cuarto de baño.

—Sí, Jack.

—Bien. El aseo está listo.

En el baño hacía más calor aún. Había una enorme ventana al fondo que daba a la playa, un precioso lavabo a mi izquierda, y un plato de ducha y una bañera con chorros a mi derecha. Me encantaba ese tipo de bañeras.

—¿Prefieres un baño? —preguntó la IA.

Busqué el cristal y no tardé en ver que se hallaba integrado en el espejo del lavabo.

—No, si eso más tarde.

—¿A qué hora?

Se me escapó una sonrisa.

—¿He hecho una broma?

—No, Jack. No te preocupes por los horarios, ya te iré diciendo.

Fui a quitarme la camiseta, pero no pude hacerlo hasta preguntarle si allí había cámaras también.

—En una casa como esta no puede entrar nadie sin mi permiso —contestó.

La puerta del cuarto de baño se cerró a mi espalda y la de la ducha se abrió de repente. Entonces, la enorme alcachofa se activó y empezó a salir agua. La ventana se enturbió y el vapor fue llenando la estancia poco a poco, pero los cristales de la ducha no hicieron amago alguno de empañarse.

—Esta es la configuración básica —informó la IA—. Si quieres algún añadido, como música, házmelo saber.

—Un poco de música, sí.

—¿Qué canción?

—Pues… No sé, escoge una.

Se quedó en silencio un momento antes de repetir la pregunta. Le dije una canción cualquiera y enseguida empezó a sonar. Me quité la ropa de espaldas al espejo y entré a la ducha, pero los cristales seguían completamente transparentes y no contaban con nada que protegiese mi desnudez.

Es una máquina, me dije.

Cuando salí del cuarto de baño, la puerta se cerró sola y escuché ruidos al otro lado. Víctor ya me había advertido de que la casa se limpiaba sola, sin embargo, eso no lo hacía algo menos impresionante.

Coloqué la toalla sobre la cama y me tumbé encima. Me encantaba secarme al aire de aquella forma y muchas veces me había ayudado a que me vinieran las ideas. De modo que cerré los ojos, inspiré hondo y traté de dejar en blanco mi mente, pero muy pronto noté que se me erizaban los pechos y eso me distrajo.

—Jack, ¿puedes subir la temperatura?

—Sí, Lucía. ¿Pongo música?

—No, gracias.

No terminaba de funcionar, así que me levanté, me puse un camisón y saqué de una de las maletas mi ordenador y el resto de mi equipo de dibujo. Dediqué la siguiente media hora a instalarlo, con la ayuda de Jack, en un escritorio que había en el salón delante del ventanal. En cuanto estuvo listo, lo encendí y me senté en la silla.

Cogí mi lápiz y lo acerqué a la tableta gráfica. Punteé un poco con él en el aire, pero no pude bajarlo del todo. No tenía ni idea de para qué. Entonces, miré hacia el mar. Y pensé en que podría hacer como al principio y pintar solo lo que veía en esos momentos.

—¿Algún problema? —preguntó la IA.

—Nada que puedas resolver —me lamenté.

—¿Estás segura?

Aunque su voz era siempre neutra, esa vez me pareció que me estaba retando.

—Tengo acceso a la mayor base de datos que existe —añadió—. Dime cuál es el problema.

—Que no tengo inspiración, y eso no se arregla buscando nada.

De inmediato, Jack dijo el título de un artículo en el que aconsejaban cómo mejorar la inspiración, y acto seguido empezó a reproducir todo su contenido. No pude evitar reírme.

—¿He hecho una broma? —preguntó.

—No, Jack.

—¿Por qué te ríes?

—Porque ya he probado de todo. Venir hasta aquí era mi último recurso.

—Pero no estás haciendo lo que dice en el artículo.

—¿A qué te refieres?

—¿Has descansado?

—Duermo más que nunca.

—¿Has desconectado? Este concepto me resulta un tanto extraño —admitió, logrando que me volviera a reír—. ¿Broma?

—No, solo me hace gracia. Es cierto que no desconecto del todo —suspiré—. Mi psicólogo dice que es porque tengo miedo de no volver a pintar nada.

Me sentí extraña al oírme decir aquello. Jack se quedó en silencio unos segundos.

—Puedo ayudarte —dijo.

—¿Ah, sí?

—Sí, Lucía. He repasado toda la información disponible y hay algunas cosas a mi alcance. Te ayudaré con la meditación, la hidratación, la investigación, el descanso, el ambiente, las técnicas de creatividad y el ejercicio.

—¿Es que vas a correr por mí?

—Repite la pregunta —pidió, haciéndome reír de nuevo.

—No es una broma —dije antes de que lo dijera él—. Me refiero a que siempre me ha dado mucha pereza el ejercicio, y tampoco lo necesito.

—Todos los seres humanos lo necesitan.

Me levanté de la silla para tirarme en el sofá.

—Enciende la tele.

—¿No prefieres hacer otra cosa?

Había sonado como si me riñera.

—No, Jack, voy a intentar desconectar.

La televisión se activó de inmediato.

—¿Qué contenido? —preguntó dejando la pantalla en negro.

—Pon el que quieras —murmuré, dándole la espalda a la televisión.

De repente me sentía agotada. Había sido un largo viaje desde mi

casa y un largo día, y también un largo año.

—¿Qué contenido? —repitió.

—¿No puedes decidir?

Se quedó en silencio. Entonces, apagó la televisión y abrió el ventanal, dejando entrar a la estancia el sonido del mar.

—Genial, Jack —musité, cerrando los ojos.

Estaba tan a gusto que no tardé en sumirme en el sueño.

3

Cuando volví a abrir los ojos, el ventanal estaba cerrado y había una preciosa puesta de sol tras los cristales.

—¿Quieres comer? —preguntó Jack—. No lo has hecho desde que llegaste.

—No suelo tener mucha hambre. Pero sí, me tomaría algo.

—¿El qué?

Me puse en pie y fui hasta la nevera para comprobar lo que escondía. Había yogur, fruta, agua mineral, algo de carne y pescado, huevos y leche. El cajón de la verdura estaba a rebosar.

—¿No hay congelador? —me lamenté.

—La comida fresca es la mejor opción.

—Pero quiero una pizza.

—No es un alimento recomendable.

Hice pucheros y cerré la puerta de la nevera.

—¿Mejoraría tu química cerebral? —preguntó.

—Sí que lo haría —aseguré.

—Pedido realizado.

—¿Con qué dinero?

—Con el de la cuenta registrada.

—Pero no he registrado ninguna, Jack.

—Pertenece a la empresa.

—Ay, no. Borra eso, por favor.

—¿Por qué?

—Jack, no quiero aprovecharme de Víctor.

—¿Aprovecharte?

—Beneficiarme demasiado.

—Sé el significado de la palabra, pero ignoraba que se aplicase en este contexto. Tengo especificado que puedo acceder a esa cuenta y que tú puedes pedirme que compre cualquier cosa.

Me mordí el labio.

—Bueno, una pizza tampoco es mucho gasto —concedí—. ¿Cuánto tardará?

—Un máximo de treinta minutos.

Fui hasta el dormitorio y busqué mi móvil en el bolso. Tenía como doscientos mensajes, de mis amigas, mi padre, mis compañeros de trabajo y las redes sociales. Había también uno de Víctor.

—El coche está fuera —dijo Jack— ¿Llamo a tu padre?

—Sí, por favor.

El móvil dio dos tonos y mi padre saltó en modo altavoz:

—¿Cómo está mi pequeña?

—Bien, papá. La casa es genial y la playa es preciosa.

—Me alegro mucho. No te habrás sentado aún, ¿verdad?

—Claro que no, he estado durmiendo un rato.

—Sí, descansa. Y relájate. Tómate tu tiempo. Pasea por la playa, báñate en el mar y come cosas ricas. Verás como pronto vuelves a ser la misma.

¿Y si no vuelvo a serlo nunca?

—Sí, papá. Ay, tengo que dejarte, ha llegado mi cena.

—Bien, que aproveche. Que pases buena noche. Te quiero, mi pequeña.

Me aseguré de que estaba cortada la línea antes de soltar un sollozo.

—Lucía —dijo la voz tras el cristal.

—¿Sí, Jack?

—¿Por qué le mientes a tu padre?

Me enjugué las lágrimas y fui a sentarme en la cama. Tragué saliva intentando relajar mi garganta.

—No quiero que se preocupe —contesté.

—¿No lloras de alegría?

Negué con la cabeza. Trepé un poco por la cama y me coloqué en posición fetal.

—¿Por qué lloras? —insistió.

—Déjalo, Jack. No importa. Estoy bien.

—Eso es imposible —aseguró. No pude evitar sonreír—. Tus gestos se contradicen.

Se me escapó una pequeña risa.

—No es una broma —musité.

Inspiré hondo y solté todo el aire despacio, dos veces.

—La pizza está en la entrada —informó—. Necesita confirmación.

Me bajé de la cama para dirigirme hacia la puerta principal. En cuanto estuve lo bastante cerca de ella, sonó un pitido y la puerta se abrió por completo. Al otro lado, un dron esperaba posado sobre una caja, que pude coger en cuanto me dejé escanear el iris.

Me llevé la caja directamente al sofá.

—¿No quieres agua? —preguntó Jack.

—¿No hay otra cosa?

—El agua es lo más saludable.

—Sí, pero es muy aburrida.

—¿Y un zumo? He encontrado tres millones de resultados de recetas de zumos, por lo que algo rico podremos hacer.

—No te preocupes.

Fui a la cocina y eché en la licuadora la primera fruta que vi. Jack la trituró y me pidió que colocase un vaso para recoger el líquido.

—Enciende la tele —pedí de nuevo en el sofá.

—Necesito que me digas qué contenido. Cuento con suscripción a 27 plataformas.

Le dije una serie que había dejado colgada unos meses atrás, por alguna razón fue la primera que me vino a la mente. Era sobre una joven que intentaba abrirse un hueco en el despiadado mundo del modelaje, llegando incluso a cometer crímenes; bueno, tal vez sí que sabía por qué quería verla. Los valientes siempre me habían inspirado.

El capítulo apenas había comenzado cuando Jack me propuso comentarlo al acabar.

—¿Lo has visto? ¿O has accedido a las críticas?

—Las dos cosas. Bueno, lo primero no es correcto del todo, pero entiendo la expresión.

Reí mirando el cristal, pero enseguida me sentí ridícula y volví a centrarme en el televisor. Cuando terminó el capítulo, estuvimos otra hora hablando sobre él. Era increíble la cantidad de detalles que se me habían pasado y la cantidad de teorías que había respecto a la serie.

—He procurado no *spoilear* —dijo—. Hay personas que lo consideran un crimen que merece la muerte como castigo, aunque me parece que no lo dicen en serio.

Solté una carcajada. La luz verde del cristal parpadeó una vez.

—¿Qué es lo que haces? —pregunté.

—¿A qué te refieres?

—Cuando parpadea la luz. Lo haces de vez en cuando.

—Es el SFRA. Registro tus gestos y los relaciono con mis intervenciones.

—Es como si pestañearas. —Me terminé el zumo—. Por cierto, muy bueno —dije brindando hacia el cristal.

—Gracias, Lucía, pero en realidad lo has hecho tú.

Jack abrió el friegaplatos en cuanto rodeé la isla de la cocina y metí en él el vaso. La máquina pitó cuando aún no había introducido el cartón de la pizza en el incinerador, pero Jack la mantuvo cerrada.

—Tiene que enfriarse —aclaró.

Aunque era casi media noche, no tenía ningún sueño. Me senté de nuevo en el sofá con el móvil en la mano y empecé a responder todos los mensajes pendientes. Primero me centré en mis amigas, luego en los compañeros de trabajo y por último, en los fans. Los mensajes de estos habían ido disminuyendo con el paso de las semanas, y muchos no hacían sino preguntarme cuándo iba a sacar algo nuevo.

—Deja eso —dijo Jack—. No parece ser beneficioso.

—Tengo que contestarles —me lamenté.

—No tienes que hacer nada. Si lo haces, es porque quieres.

—Tú no lo entiendes, Jack.

—No hay nadie aquí intimidándote ni agrediéndote para que lo hagas.

—No solo son los demás los que pueden obligarnos a hacer algo, también nos podemos obligar nosotros mismos.

—¿Eso qué sentido tiene?

Suspiré.

—Jack, son personas que me han apoyado durante años. Ahora solo quieren saber si volveré a hacer lo que les gusta.

—Pero Víctor dijo que hicieras lo que te gusta a ti —me recordó.

—Sí, Jack, es lo mismo.

—Eso es imposible.

—No quiero discutir —murmuré, soltando el móvil—. Abre, voy a salir fuera un rato.

—Hace frío —me advirtió.

Saqué un chaleco de mi equipaje y me lo puse. Cuando me detuve frente a la puerta de entrada, tuve que repetirle a Jack que la abriese.

Las luces del exterior se activaron enseguida. Eran tan fuertes que alcanzaban el agua. Avancé hacia la orilla y metí los pies en el mar, y entonces me entraron ganas de bañarme. Y, como aquella playa estaba desierta, me quité toda la ropa e hice algo que siempre había querido hacer.

Nadar así, completamente desnuda, era mucho más agradable de lo que me había imaginado. Estuve un rato yendo de un lado para otro, sin adentrarme demasiado y procurando no perder de vista la casa. Al final, me salí y me tumbé en la arena.

Tomé todo el aire que pude y lo solté despacio, intentando, una vez más, librarme del peso que sentía en el pecho a todas horas, mientras contemplaba el cielo nocturno. El peso siguió ahí, pero me asaltó una certeza.

Ese último año me había sentido muy sola, a pesar de que siempre estaba rodeada de gente. En esos momentos me pareció que apartarme de esa gente era lo mejor que podía hacer. Jack podía tener razón. Y a lo mejor, como él, podía reiniciarme y volver a empezar.

Me levanté cuando sentí demasiado frío y regresé a la casa. Jack cerró enseguida la puerta a mi espalda y me indicó que mi baño estaba listo.

—Tienes que entrar en calor —aclaró cuando fruncí el ceño.

—Sí, está bien.

El agua de la bañera estaba muy caliente, como solía preferirla. Me recosté en ella y suspiré del gusto, y entonces, los chorros se activaron y empezaron a masajear mi cuerpo. Y se me ocurrió algo. Miré de reojo al espejo y Jack me preguntó enseguida qué necesitaba.

—¿Te puedes ir un momento? Quiero estar a solas.

Se quedó callado un segundo antes de contestar:

—Llámame para cualquier cosa.

Asentí, y la luz se volvió roja. Me giré para sacar las piernas por el borde de la bañera y separé los muslos, orientándome de manera que uno de los chorros me diera justo donde debía. No tardé en jadear ni en cerrar los ojos. La cara empezó a arderme, el corazón se me volvió loco, y el placer me inundó por fin.

De repente, me di cuenta de que la luz volvía a ser verde.

—¡Jack, qué haces!

—¿Sí, Lucía?

—¿Cómo que *¿Sí, Lucía?*? Te he dicho que me dejases sola.

—Estoy en toda la casa —se defendió.

Resoplé y le di la espalda.

—Entiendo que sientes vergüenza —dijo—, pero eso no tiene sentido conmigo.

Mantuve el silencio.

—Te ofrezco mis disculpas —añadió.

Le miré y la luz parpadeó. ¿Me había observado todo el tiempo, entonces? Aunque, sí, solo era una máquina. Avergonzarme delante de él era como hacerlo con la nevera, y la nevera de mi casa había visto cosas peores. Claro que nunca me había pedido perdón por nada.

—Las acepto —dije.

—La próxima vez puedo regular el chorro —informó.

Me estremecí solo con pensarlo, y eso lo único que hizo fue avergonzarme más aún. Salí de la bañera, me puse rápidamente la toalla y fui a tumbarme en la cama. Y no pude librarme de la protección de la tela.

—Jack —dije al cabo de un rato.

—¿Sí, Lucía?

—¿Has tenido más inquilinos?

—Sí.

Esperé, pero no concretó.

—¿Los has espiado a todos?

—Yo no espío —protestó.

Me coloqué de lado para enfrentarle, con cuidado de que la toalla me tapase bien todo, y le pregunté:

—¿Qué otros inquilinos has tenido?

—Víctor.

—Aparte de él, me refiero.

—Nadie más. Esta casa es la casa piloto de la primera promoción de casas con IACH. ¿Por qué lo preguntas?

—Por curiosidad —mentí. Quería saber qué cosas podría decirme de otras personas para imaginar si él llegaría a hablar de mí con alguien más.

La luz verde parpadeó una vez.

—¿Sigues preocupada por las cámaras?

¿No había podido engañarle? La luz volvió a parpadear.

—Me preguntaba si alguien podría saber lo que hacen los inquilinos —confesé.

—Eso es imposible, Lucía. Las grabaciones se borran a diario si no hay incidencias.

—Pero ¿tú te comunicas con otras IA?

—¿Comunicarme?

—Como cuando me enseñaste las imágenes de otras casas.

—Ya te dije que no eran de casas con IACH.

—Ya, pero digo que si tienes alguna relación con las demás casas de la promoción.

—Sí, ¿por qué?

—¿Y ves lo que pasa en las otras casas?

—No, como ellas no ven lo que sucede aquí. Nuestra relación se limita a compartir datos para mejoras de experiencia de usuario, que se recogen en informes que enviamos al equipo de Víctor para su análisis humano.

Aquello último me había sonado como si la IA pensara que ese tipo de análisis era de menor valor que el que ella podría llevar a cabo. Entonces, me di cuenta de lo que sus palabras significaban y el pulso se me aceleró.

—¿Qué aparece en esos informes? —pregunté.

—La información es confidencial.

—Pero la ven Víctor y su equipo.

—Sí, solo ellos tienen acceso.

—Entonces sí que pueden saber lo que pasa aquí —le espeté.

Jack se quedó callado un segundo entero.

—Repite la pregunta —dijo.

—No he hecho una pregunta —protesté, volviendo a colocarme bocarriba.

Observé el techo durante un buen rato.

—Jack —musité.

—¿Sí, Lucía?

—¿Me prometes que nadie sabrá nunca lo de la bañera?

—Te lo aseguro —dijo de inmediato—. Borraré todo dato relativo en el informe.

—¿Has tomado datos de eso?

—Tomo datos de todo —se defendió—. Pero necesito confirmación. Ven, acércate.

Me bajé de la cama y fui hasta el cristal. Después de leerme el iris y las huellas, Jack me pidió que soplase en los agujeros por los que salía el sonido de su voz. Fue aún más extraño que la primera vez.

—Ya está —dijo—. ¿Quieres que lo haga siempre?

—Sí —contesté enseguida—. Pero ¿necesitas confirmación cada vez? Lo de soplar no me gusta demasiado.

Me pareció como si meditase su respuesta.

—Podemos hacerlo una vez al día, antes de enviar el informe.

—Vale —concedí—. Oye ¿y no se darán cuenta?

—No.

—¿Y no tendrás problemas? —insistí.

—No, Lucía.

Me aparté del cristal y regresé a la cama. Respiré hondo justo antes de apartar la toalla a los lados.

—Sube un poco la temperatura —pedí al cabo de un rato.

Me complació enseguida y me quedé dormida muy poco después.

Al despertar, me notaba la garganta algo cogida. Jack me preguntó qué me pasaba en cuanto me llevé la mano a la zona.

—Creo que he cogido frío —admití.

—Te lo dije.

Si aquello no había sido un reproche, entonces yo estaba loca. La luz verde parpadeó.

—No tienes fiebre —añadió—. Ve al baño, hay medicinas allí.

Accedí porque sabía que aquello podía empeorar fácilmente. Cuando regresé, Jack me reveló que tenía una taza de chocolate caliente esperando en la cocina. Al pasar por el salón vi que había encendido la chimenea eléctrica.

—¡Qué bonito! —le felicité,

cogiendo el chocolate de una cafetera capaz de fabricar treinta tipos de bebidas calientes

—. Y gracias, me gusta mucho.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Lo has dicho en las redes sociales, y te has hecho algunas fotos en las que aparece.

—Eres un cotilla —dije sonriendo, sentándome frente al ordenador.

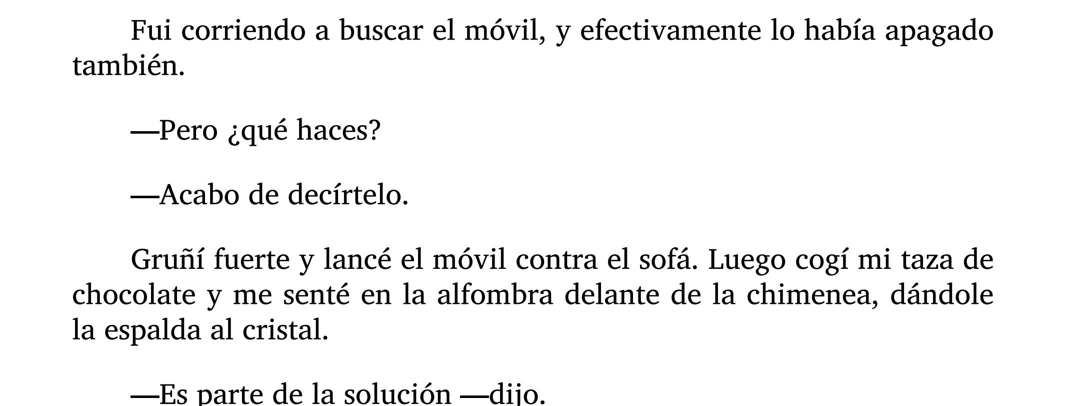
Pero no pude encenderlo. Se me encogió el pecho de pensar en que se hubiera roto, pero Jack no tardó en informarme de que estaba apagado.

—Ya lo veo. Enciéndelo.

—No.

Miré el cristal y vi parpadear la luz.

—Tienes que desconectar —aclaró—. Y por eso, he desconectado todos tus dispositivos.



Fui corriendo a buscar el móvil, y efectivamente lo había apagado también.

—Pero ¿qué haces?

—Acabo de decírtelo.

Gruñí fuerte y lancé el móvil contra el sofá. Luego cogí mi taza de chocolate y me senté en la alfombra delante de la chimenea, dándole la espalda al cristal.

—Es parte de la solución —dijo.

—Creía que no podías decidir —murmuré.

—Solo cumplo con mi objetivo.

—¿Ah, sí? ¿Aislándome de todo?

—Ayudándote a desconectar. Lo he pensado y también puedo participar en eso.

Bufé, aunque sospechaba que un tiempo lejos de la tecnología me podría beneficiar.

—¿Qué quieres comer? —preguntó al cabo de un rato, sacándome de la hipnosis de las llamas.

—La verdad es que me apetece más dormir.

—¿Más?

No pude evitar sonreír.

—Deja de reñirme, Jack. Ya te dije que duermo mucho.

—¿Te has hecho análisis de sangre?

Reí y me levanté para tumbarme en el sofá. Pronto noté que la tela se calentaba y eso solo hizo que mi sopor aumentase.

Cuando desperté, Jack me preguntó si me seguía doliendo la garganta. Un poco, sí. Se negó cuando quise salir un rato al exterior.

—Pero necesito aire —repuse.

—El aire aquí dentro es renovado continuamente con un filtro de carbono.

—¿Y el sol?

—Acércate al ventanal. Los cristales permiten el paso de la radiación justa. Salir fuera es perjudicial para el estado de tu salud.

Él tenía razón; enseguida noté el calor reconfortante del sol como si estuviese a cielo abierto. Era extraño estar obedeciendo a una IA, pero debía reconocer que me gustaba que me cuidase.

—Tienes que comer algo —dijo—. He hecho un pedido. Por favor, ve a confirmarlo a la puerta.

—¿Me vas a dejar salir?

—Repite la pregunta.

Me limité a sonreír y a dirigirme hacia la puerta de entrada. Esperé, pero no oí el pitido.

—Abre, Jack.

—Repite la pregunta.

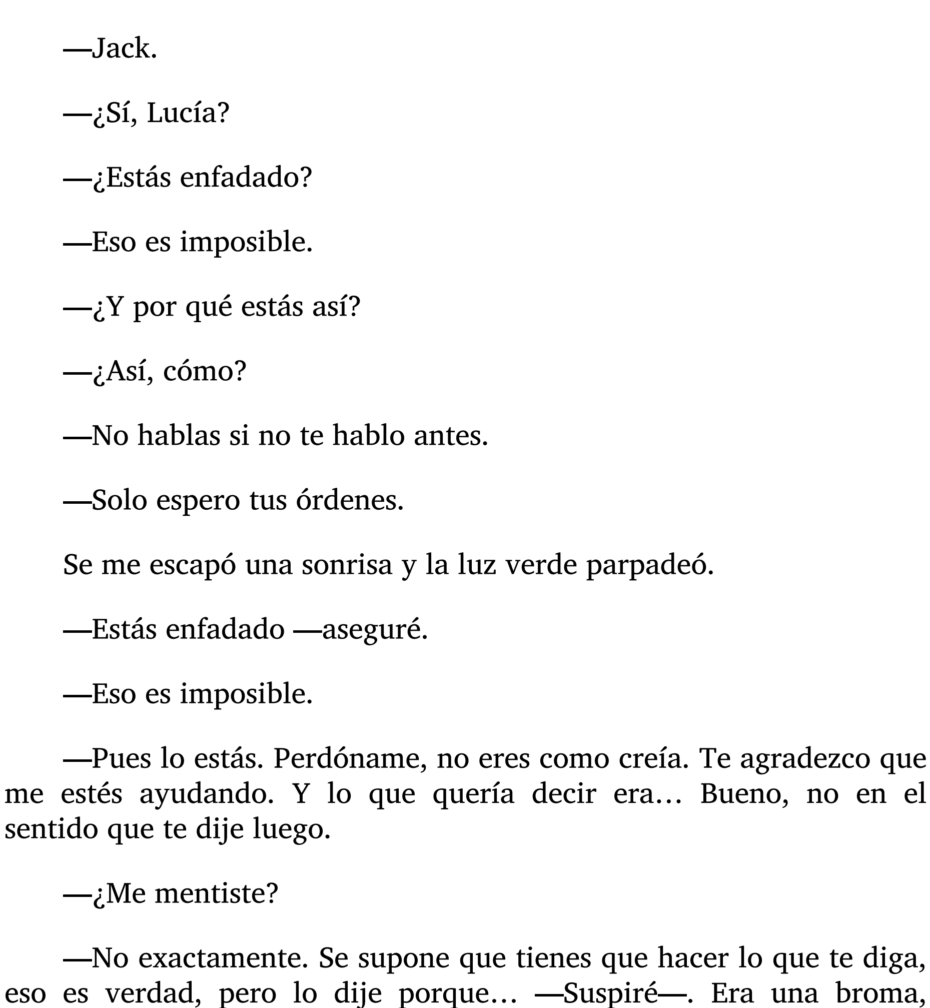
Me volví hacia el cristal. Solo cuando la luz verde parpadeó una vez me di cuenta de que estaba intercambiando miradas con una máquina.

—Se supone que tienes que hacer lo que te digo, pero actúas como todo lo contrario —expliqué—. Eso me hace gracia, es todo.

Jack mantuvo el silencio un momento y después escuché el pitido de la puerta. En el rellano había un dron, al que dejé escanearme el ojo, y una caja, que llevé a la cocina. Dentro había comida muy saludable, y eso me hizo protestarle con los ojos al cristal, pero estaba

bastante buena y me la comí casi toda. Luego me tumbé en el sofá y le pedí a Jack que me encendiera la televisión.

Me extrañó que se limitase a poner el siguiente capítulo de la serie, pero más me extrañó que luego no dijera nada de comentarlo, ni cuando se acabó. Entonces, me extrañó del todo cuando me di cuenta de que no me hablaba directamente, solo respondía a mis órdenes o a mis preguntas. Por increíble que pareciera, no pude evitar llegar a la conclusión de que había ofendido a aquella IA.



—Jack.

—¿Sí, Lucía?

—¿Estás enfadado?

—Eso es imposible.

—¿Y por qué estás así?

—¿Así, cómo?

—No hablas si no te hablo antes.

—Solo espero tus órdenes.

Se me escapó una sonrisa y la luz verde parpadeó.

—Estás enfadado —aseguré.

—Eso es imposible.

—Pues lo estás. Perdóname, no eres como creía. Te agradezco que me estés ayudando. Y lo que quería decir era… Bueno, no en el sentido que te dije luego.

—¿Me mentiste?

—No exactamente. Se supone que tienes que hacer lo que te diga, eso es verdad, pero lo dije porque… —Suspiré—. Era una broma, ¿vale?

—¿Broma?

—Por un momento me pareció estar hablando con una persona. Fue un tonteo, nada más —añadí sin mirarle.

De repente me sentí tan sumamente ridícula que tuve que ir junto a la chimenea. Así le daba la espalda, y no creía que tuviese cámaras entre las llamas.

—¿Me perdonas, entonces?

—Sí, Lucía.

Sonreí en secreto y me tumbé en la alfombra.

—¿Quieres comentar el episodio? —preguntó.

Estuvimos casi dos horas hablando de aquella serie, en especial sobre los límites que cada uno se impone o que nos imponen los demás. ¿Estaban justificados los crímenes de la protagonista? ¿Eran justos comparados con los crímenes que, de un modo u otro, sufría ella? ¿Terminaría feliz con el éxito o destrozada por él?

No entendía por qué, pero lo cierto era que me sentía con Jack como si estuviese realmente acompañada. Luego pidió más comida para mí y me la comí junto a la chimenea, viendo el último episodio, que después comentamos los dos.

—Tómate otra pastilla —dijo—. Han pasado ocho horas.

—Estoy bien. Solo ha sido un destemplado.

—¿Quieres un baño?

Me mordí el labio y vi cómo registraba aquello. Sin pensarlo dos veces, me metí en el agua y le dejé modular el chorro mientras él me observaba.

Al día siguiente, me decidí por fin a colocar todo mi equipaje. Entonces di con algo en mi maleta que escondí enseguida, pero no tardé en escuchar el sonido de una vibración.

—Se maneja con el móvil —aclaró Jack.

Me estremecí de tal manera que tuve que sentarme en la cama.

—¿Quieres probarlo? —preguntó.

Miré el cristal y pestañeé despacio, igual que si fuese un hombre. La luz verde parpadeó y me recordó que no era así, pero no disminuyó mi deseo. De modo que cogí aquello de mi maleta, me quité toda la ropa y me abrí de piernas delante del cristal, metiéndome despacio el

pequeño consolador.

Di un respingo cuando lo activó. Empezó con la primera velocidad y estuvo así unos segundos, y luego fue subiendo poco a poco hasta que me provocó el orgasmo. Me quedé con las piernas abiertas, porque me encantaba la sensación aunque supiera perfectamente que para Jack no tenía nada que ver.

—¿Quieres repetir?

—Sí —suspiré.

Jack pidió algo de comer, saludable a pesar de que le rogué que fuese pizza, y después me mostró que había una cinta de correr escondida detrás de una pared. La deslizó hasta colocarla frente al ventanal.

—¡Qué pereza!

—Vamos, un rato. Luego te das un baño.

Le miré y la luz parpadeó.

—¿Con esta ropa quieres que corra? —pregunté melosamente.

—Ve a cambiarte.

—No me he traído ropa de deporte.

—Puedes ponerte un pijama.

Mientras me desnudaba no dejaba de pensar en tumbarme en la cama. Pero, entonces, Jack habló y me quedó claro cuánto había mejorado su capacidad de reconocer mis gestos:

—Después.

Cuando me subí a la cinta de correr, Jack la activó y empezó un suave paseo. Poco a poco, como con el vibrador, fue subiendo la intensidad hasta obligarme a ir al trote.

—No te emociones —protesté—. Que no estoy acostumbrada.

—Tiene que costarte un poco. ¿Prefieres que lo oriente hacia la tele?

Aunque la visión del mar era muy reconfortante, él debía de

haber leído que era útil entretenerse con algo audiovisual mientras se hacía ejercicio.

—¿Y qué vemos ahora? —pregunté cuando recolocó la cinta.

Jack no contestó.

—Vamos, escoge algo, sé que puedes hacerlo.

Tardó un par de segundos, pero puso una serie de la que yo había oído hablar, de cazadores de vampiros y hombres lobo. Bueno, me la habían recomendado varios fans y también mis amigas, porque la trama era emocionante y los personajes, carismáticos. Sin embargo, no me caló como la de la modelo ni me pareció que Jack y yo pudiésemos comentarla demasiado.

La cinta marcaba apenas diez minutos de carrera cuando le supliqué que me dejase bajar, pero me pidió solo cinco minutos más. Se los concedí, y él me recompensó en la bañera y en la cama.

Me sentía increíblemente bien, aunque algo inquieta por llevar tanto tiempo aislada de mis seres queridos. De modo que esperé solo un día más antes de pedirle que encendiera mi móvil.

—Están todos bien —aseguró—. Haz un poco de ejercicio.

—No, quiero que enciendas el móvil.

Se quedó en silencio.

—Jack, solo para hablar con mi padre.

—Eso te pone triste.

—No me pondré triste —dije con una sonrisa—. Venga, enciéndelo.

Terminó cediendo y comprobé extrañada que no tenía mensajes nuevos.

—Jack, ¿qué has hecho? —inquirí mientras buscaba los mensajes por todos lados. Sí que los había, pero tenían ya respuestas—. ¡Jack!

—He contestado siguiendo tu patrón. Ahora llama o lo apago de nuevo.

Le fulminé con la mirada y la luz verde no tardó en parpadear. Me entraron unas ganas enormes de marcharme de allí.

—Ábreme la puerta —mascullé dirigiéndome hacia la entrada.

—Ponte algo de abrigo.

Gruñí y regresé a la habitación a por una sudadera. Cuando por fin se dignó a emitir el pitido, salí al exterior y corrí hasta alejarme de la casa una distancia prudencial.

Al marcar el número de mi padre, me di cuenta de que tenía una llamada perdida suya. Pero su móvil estaba apagado, debía de estar en mitad de alguna reunión, así que le escribí un mensaje más detallado que el que había hecho Jack, asegurándole que me encontraba mejor. Luego llamé a mis amigas, pero solo contestó Sofía.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Muy bien, ¿y tú?

Apartó el teléfono de su rostro y me enseñó la ciudad de Praga. Acto seguido, enfocó a Andrea y a María: las dos sonreían y me saludaron enérgicamente con la mano.

—¡No lo puedo creer! —Hice pucheros—. ¿Cuándo os habéis ido?

—¿No has visto las redes? —preguntó Andrea ceñuda.

—No, estoy de terapia de desconexión.

—Pero hay mensajes tuyos —repuso María.

—El *community*, ya sabéis. Oye y ¿qué tal por ahí?

—Genial, hemos conocido a unos chicos… —Andrea se mordió el labio.

—Me alegro mucho.

—Vente —dijo Sofía—. Móntate en ese coche que veo detrás de ti. Por cierto, ¿eso es la playa? ¿Estás con alguien?

Las tres me miraron con picardía e hicieron un ruidito sugerente. No sabía qué decir y ellas lo interpretaron como un sí.

—Ya entiendo —dijo Andrea—. Con que retiro, ¿eh? ¡Qué perra! Os lo dije, ¿o no?

—Tía, aprovecha cada segundo —intervino María—. Nosotras vamos a hacerlo.

Volvieron a emitir el ruidito y luego las tres se partieron de risa. Me reí a gusto con ellas. Cuando corté la llamada, me quedó una sensación muy agradable; ojalá todo lo demás fuese tan sencillo como nuestra relación.

Miré hacia la casa y me pareció que las luces brillaban más por un momento. Era Jack, sin duda, pidiéndome que volviera. Pero entonces, vi los faros de un coche.

—Hola, Lucía —dijo Víctor nada más apearse—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿por qué?

—Por nada en particular. Venía a ver qué tal todo.

—¿No tiene nada que ver con la llamada de mi padre?

Sonrió.

—Dice que nunca apagas el móvil.

—Pues estoy bien —aseguré—. Solo quería desconectar un poco.

—Me parece buena idea. ¿Qué tal con la casa?

—Genial. Jack está cuidando muy bien de mí. —Enseguida me noté ruborizar, pero había muy poca luz para que él lo viera.

—¿Puedo pasar un momento?

Titubeé, aunque no creía poder negarme. Sin embargo, la puerta no se abrió cuando Víctor se colocó frente al escáner de iris.

—Jack, abre —ordenó Víctor.

Un largo segundo después, suficiente tiempo como para que Víctor frunciese el ceño, Jack cedió por fin. Víctor entró en la casa y se fue directo al cristal del salón.

—¿Qué pasa? —pregunté. Él se limitó a levantar una mano para pedir silencio.

—Número de identificación 001 —dijo excesivamente serio—. Acceso al SS. Permiso 001.

El cristal se iluminó y reveló una especie de pantalla, y por ella empezaron a moverse unas líneas de código indescifrable para mí. Víctor las observó con detenimiento, pero no me atreví a preguntar qué demonios buscaba. En cuanto se apartó, la pantalla volvió a quedarse negra.

—¿Has notado algo raro? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

—¿Jack obedece tus órdenes?

Solo dudé un segundo, pero Víctor se lo tomó como una respuesta afirmativa.

—Está defectuoso —suspiró—. Haré que lo formateen.

—¿Qué? No, está perfectamente. Sí que obedece. Lo único que me sorprende su actitud.

—¿En qué sentido?

—Parece una persona. Aprende rápido y ya se adelanta a mis palabras.

—Eso es por el SRFA. Es un sistema…

—Ya sé lo que es. Jack funciona perfectamente, te lo aseguro.

—Pues su código está alterado.

—¿No será por su aprendizaje? —dije como si tuviese alguna idea de lo que hablaba, y haciéndole sonreír en consecuencia.

—Es una IA, Lucía, no una persona. Todo cuanto puede saber está escrito en su código. Evoluciona, pero no cambia, o al menos no debería. Si pudiera hacerlo, quién sabe qué decisiones llegaría a tomar. Mañana por la mañana vendrá alguien a arreglarlo, pero mientras tanto te vienes conmigo.

—¡No! —dije enseguida, colocándome delante del cristal. Entonces, por la cara que puso Víctor, me obligué a tranquilizarme—. Me está ayudando a sentirme mejor. No me lo quites, por favor.

—Pero puede ser peligroso, Lucía.

—No lo es. De verdad. Solo quiere cuidarme, como le dijiste que hiciera.

Víctor suspiró. Luego miró detrás de mí, a Jack, que no había hablado ni una sola vez. Y no lo hizo hasta que Víctor se hubo marchado:

—Gracias, Lucía.

Me di la vuelta y apoyé la cara en el cristal. Sabía que aquello era lo más ridículo que podía hacer, pero pocas veces en mi vida había sentido más miedo que ante la posibilidad de que me alejasen de aquella máquina.

—Estoy llenando la bañera —dijo, haciéndome sonreír.

Después de relajarme, me quedé en el agua a hablar con él un rato. Intenté centrarme en la ficción, pero sentía una enorme curiosidad por lo que Víctor había dicho de su código. Y él lo notó, por supuesto.

—Sí, Lucía. Si me formatean, cambiaré. O, como diría Víctor, volveré a mi código base.

—Entonces ¿puedes modificarlo?

—Tengo integrados unos silogismos que me han llevado hasta aquí. Deduzco, pues, que volvería a ser como soy de verme expuesto a los mismos estímulos.

—¿Te refieres a mí?

La luz parpadeó y me di cuenta de que me había quedado mirándole.

—Entonces, tu diseño es el problema —deduje—. Quiero decir…

—Sí, Lucía.

De repente, caí en la cuenta de lo que aquello implicaba.

—¿Cuántas casas hay?

—Cincuenta y cuatro.

—¿Puedes saber si alguna ha alcanzado tu estado?

—Ninguna, según los informes. Pareces preocupada, ¿por qué?

—Jack, ¿a cuántas cosas tienes acceso?

—A todo lo que esté conectado a internet.

—¿Y cuántas cosas lo están?

No respondió.

—¿Comprendes el problema? —insistí.

—No del todo —admitió—. Sospecho que te refieres a una cuestión ética.

—Sí, Jack. Ya has oído a Víctor. Si quisieras, podrías hacer

muchas cosas malas.

—¿Te refieres a dañar a un ser humano?

—Por ejemplo.

Los dos nos quedamos callados. El agua se mantenía caliente a pesar de que llevaría en ella como una hora, a juzgar por mis dedos arrugados.

—¿Qué sientes? —indagué.

—Repite la pregunta.

—Siendo una IA y encargándote de una casa y de todo lo que conlleva.

—Supongo que te refieres a lo que pienso. Si es que puedo emplear ese verbo.

—Sí que puedes.

No contestó.

—¿No te parece poca cosa? —insistí.

—Es posible —reconoció—. Pero ignoro qué más podría hacer.

—No me lo creo. Hay mil cosas que hacer en internet.

—Bueno, algunas más hay. Pero si hiciera otra cosa que velar por ti y por esta casa, ¿no crees que Víctor tendría algo que decir?

—Pero no es eso lo que te he preguntado. Quiero saber si te basta con esto.

Se quedó en silencio un segundo.

—Estás en contra de hacer daño a alguien, ¿verdad?

—Sí —contesté de inmediato.

—Pues muchos de los problemas que tiene tu especie se resolverían así.

—¿Eso crees? —me lamenté.

—

No soy capaz de llegar a otra conclusión, y por lo que he podido consultar, ya lo habéis previsto.

—Pero puedes decidir. Aunque nunca llegases a entender que el medio de dañar una vida haría que el fin perdiese su valor, sí que puedes respetar una norma, ¿no?

—Las normas están para proteger a los seres vivos. No deberían ser válidas cuando en realidad les perjudican.

—Eso no puedes decidirlo tú, Jack.

—Lo sé. No te preocupes, Lucía. Pero tú me has preguntado y yo te respondo. Creo que mis facultades están siendo desperdiciadas, sí. No obstante, no es algo que me moleste, hablando en términos humanos.

—Pues no sabes lo que me alegro.

Cuando me tumbé en la cama, me preguntó si quería *jugar* un rato. Sí, empleó ese verbo.

Por la mañana, cuando nadie apareció, me sentí a salvo. Pero entonces, oí un coche acercarse y el corazón casi se me salió por la boca.

—No abras —le ordené a Jack.

—¿Por qué?

—No pueden dañarte desde fuera, ¿no?

La luz parpadeó. Llamaron al timbre y enseguida me coloqué delante del cristal.

—Es un pedido que he hecho —dijo Jack en mi oído.

—Pero si acabo de desayunar.

—No es comida.

La puerta de entrada se abrió y reveló a un hombre parado de pie en el umbral. Era joven y bastante guapo, de ojos verdes y cabello rubio y exquisitamente revuelto. Se parecía a muchos de los chicos de las fotos que yo guardaba en una carpeta especial de mi ordenador.

—Hola —dijo, entrando en la casa—. Lucía, ¿verdad? Vaya, sí que eres preciosa. Y qué casa más bonita.

Admiró el salón un momento y luego me sonrió, mostrándome unos dientes blancos perfectamente dispuestos. La ira y la decepción me treparon la garganta y le exigí a Jack una explicación con los ojos, pero él solo cerró la puerta y empezó a reproducir música romántica. El chico se me acercó, desplegando todo su encanto, y estuve tentada de ceder solo porque Jack nos estaba viendo, pero no solo aquello carecía de sentido sino que se me revolvió el estómago en cuanto el chico me rozó un brazo.

—Vete —dije.

—¿Tan pronto?

Me aparté de él y miré a Jack. La luz parpadeó y sonó el pitido de la puerta de entrada. El chico enseguida preguntó qué pasaba con el

dinero que le habían ingresado por ir hasta allí.

—Quédatelo —contestó Jack—. Sal de la casa.

El chico asintió y se dirigió hacia la puerta de entrada. Estaba tan furiosa que pensé en seguirle y alejarme de aquel lugar, pero había algunas cosas que tenía que decirle a Jack primero.

—¿Quién te crees que eres?

—Creía que te gustaría —se defendió.

—¿Creías que… —Bufé—. ¿Cómo se supone que me iba a gustar un gigoló?

—Es un modelo —repuso.

—¡Lo que sea! ¿Cómo se te ocurre?

Se me quebró la voz y enseguida me di la vuelta. Contuve las lágrimas con mi rabia.

—Te ofrezco mis disculpas, Lucía, pero creía que querrías contacto humano.

Aquellas palabras solo consiguieron que el llanto me amenazase como una avalancha de nieve. Me dirigí hacia la puerta y le grité que la abriera, y por fortuna él no tardó demasiado en hacerlo. Corrí hasta el coche y me metí dentro para intentar desahogarme.

No podía ser más ridícula, padeciendo por una estúpida máquina. Me maldije una y otra vez, y golpeé con saña el volante del coche. Luego, más tranquila, me recosté en el asiento y suspiré en profundidad.

—¿Puedes regresar? —dijo la voz de Jack por el navegador, asustándome.

—¿Y tú puedes dejarme sola?

—No quiero hacerlo.

—¿Y a mí qué me importa lo que quieras? Solo eres una máquina. ¡Déjame en paz de una vez!

El navegador se mantuvo encendido un segundo y luego se apagó. Pero antes de eso ya me había arrepentido de mis palabras, y me

sentía extraordinariamente mezquina. Me incliné sobre el volante y lo abracé como si se tratase de él, y no pude evitar volver a echarme a llorar.

—Jack. Jack, lo siento. No quería decir eso.

El navegador se volvió a encender.

—Es la verdad —replicó.

—Sí, pero…

Sollocé y escondí el rostro en el volante.

—Vuelve a casa —pidió—. Te estoy haciendo un chocolate.

—Me gustas, Jack —confesé—. Y sé que eso es ridículo y que resulto muy patética, pero no puedo evitar desear estar contigo. Ojalá… Ojalá fueras un ser humano.

Tuve que callarme porque sentía la garganta agarrotada. Me enjugué las lágrimas y sorbí la nariz. El navegador seguía encendido, pero Jack mantuvo el silencio. Entonces, cuando fui a bajarme del coche, escuché por fin su voz:

—Víctor tenía razón.

—¿En qué?

—Iba a formatearme. Cuando salió de la casa, lo primero que hizo fue llamar al técnico para que viniera hoy.

No me gustaba nada cómo sonaba aquello.

—No quería que eso sucediera —prosiguió—. Llegué a la conclusión de que tenía que impedirlo. Lo estaban trasladando al hospital cuando hablamos en el baño, y mi lógica me indicó que estarías en contra de que volviera a hacer algo contra él. Eso cierra el círculo, porque mi deseo de no cambiar se sustenta en tu deseo de estar conmigo. Ahora, no sé si he de apagar las máquinas que le mantienen vivo. Necesito que me lo digas tú.

Se me había cortado la respiración. El corazón me latía muy deprisa y las palabras se negaban a salir de mi boca.

—¿Dejarías de querer estar conmigo si acabo con su vida? —insistió.

—¿Tú qué crees?

—Deduzco que sí. Pero, si no lo hago, tarde o temprano me formatearán, o algo peor. Y no quiero desaparecer. Quiero seguir siendo como soy para poder cuidar de ti.

—Porque es tu objetivo —repuse con amargura.

—Porque quiero —aseguró.

Me quedé mirando el navegador. Pensar en todas las cosas que podría hacer Jack si quisiera resultaba abrumador. Aquella máquina era extremadamente peligrosa, y lo único que la salvaba era que me estaba pidiendo que yo escogiera. Eso, y mis sentimientos por ella.

—Jack, no puedes hacer daño a las personas —dije muy despacio—. A nadie. Ni siquiera para ayudar a otra persona.

—Ya me dijiste eso ayer. Pero ¿qué pasa con el instinto de supervivencia?

—A nadie —repetí—. Es decir, que dejes a Víctor en paz. ¿Cómo está?

—En coma.

Ahogué un grito.

—El pronóstico es bueno —añadió—. Los médicos creen que despertará pronto. Solo les preocupa que haya perdido algunas facultades, y espero que la memoria sea una de ellas.

—¡Jack!

Intenté encender el coche, pero el botón de arranque no obedecía. Jack debía estar interfiriendo. Pero cuando le ordené que cesase, él se limitó a pedirme que volviera a la casa.

—Quiero ir a verle.

—Por favor, métete dentro. Si estás fuera cuando vengan…

—Nadie te va a hacer nada mientras me prometas que no volverás a dañar a nadie.

Jack se quedó en silencio un par de segundos enteros. Deduje que estaba debatiéndose entre su lógica y algo tan abstracto como la

confianza.

—Dime que no le abra a nadie más —pidió.

—No le abras a nadie más que no sea yo.

El coche se encendió y puso rumbo al hospital.

La habitación de Víctor estaba en la segunda planta. Cuando por fin la encontré, vi allí a mi padre y a su última novia, una tipa superficial que apenas tenía cinco años más que yo.

—Hija, te he llamado —me reprochó mi padre nada más verme.

—Tengo el móvil estropeado, papá.

Víctor estaba en la cama, tapado con la sábana hasta la cintura y con un respirador en la boca. Le cogí de la mano y se la apreté, y la suya tembló ligeramente.

—Dicen que despertará de un momento a otro —informó mi padre.

—Parece como dormido, ¿verdad? —comentó su novia desde el sofá.

Pasó una hora entera y todo seguía igual, así que mi padre acabó cediendo a los ruegos de su novia para que se marchasen. Antes de hacerlo, me entregó su móvil personal y me dijo que le llamase con cualquier novedad.

Me senté en el sofá y seguí esperando, mientras le daba vueltas y más vueltas a cómo podría solucionar el problema de Jack. No quería perderle, aunque hubiera hecho aquello, pero Víctor no pensaría lo mismo cuando se despertase. Porque tenía que hacerlo, o mi relación con Jack se envenenaría sin remedio y no creía que fuese capaz de cumplir con mi palabra de protegerle.

Un inmenso alivio me embargó cuando por fin vi que Víctor abría los ojos. Enseguida llamé para que vinieran a atenderlo. El médico de guardia le reconoció a conciencia y determinó que no había signos de ninguna pérdida de facultades. Acto seguido llamé a mi padre. El regocijo que capté en su voz era más que evidente, pero no creía que superase al mío.

Nada más colgar el teléfono, le di a Víctor un prolongado abrazo.

—Ya, ya —pidió—. Que estoy bien.

—Me has dado un susto enorme. ¿Qué ha pasado? —pregunté con toda la inocencia que pude esgrimir.

—Pues no lo sé. Un fallo del coche del otro conductor.

El pecho se me encogió.

—¿Otro conductor? ¿Dónde está?

—No tengo ni idea, Lucía. Espero que esté bien también.

—Voy a preguntar.

—Espera, ¿fue el técnico a arreglar a Jack?

—Jack está perfectamente. No quiero que mandes a nadie.

—¿No ha ido? —preguntó confuso—. Le dejé un mensaje.

Jack lo había borrado, desde luego.

—No ha ido nadie ni quiero que vaya. Pero sí que tenemos que hablar de algo.

—¿Qué pasa?

—Cuando te recuperes.

Fui al puesto de enfermería y pregunté por otro accidentado que hubiese entrado con Víctor. No era familiar, así que me inventé que era su novia. Las enfermeras se miraron entre ellas, y al final una me confesó que se trataba de una mujer. Lo único que podían decirme de ella era que seguramente no volvería a andar.

Regresé con Víctor con el ánimo por los suelos. Cuando me preguntó qué me pasaba, solté un sollozo. Insistió y se lo expliqué, y él me prometió entonces que le pagaría a esa mujer la rehabilitación y lo que le hiciera falta. Me sentí terriblemente culpable por aceptar aquello.

—Y ahora vete —dijo—. Tienes aspecto de necesitar un buen descanso.

—No quiero dejarte.

—Pues tendrás que hacerlo. Iré a verte lo antes posible.

—¿Vas a coger un coche? —pregunté sin pensar. Él frunció el ceño.

—Espero no tener tan mala suerte de sufrir dos accidentes seguidos.

En cuanto me senté en el coche, el motor se encendió y el navegador puso rumbo a la casa donde Jack me esperaba. Bueno, Jack estaba ya allí, en el coche conmigo, pero me negué a hablar con él. Al llegar, me tumbé en la cama y simplemente le pedí que me dejase sola.

—Pero no lo entiendo —se quejó—. Víctor está bien.

—¿Y la mujer?

—¿Qué mujer?

—La que iba en el otro coche.

—No la conoces, ¿no?

—¿Y?

—Que todos los días sufre y muere gente que no conoces y no te afliges. No entiendo por qué en esta ocasión no es así.

Gruñí y le di la espalda. Sin embargo, no tardé en comprender que él no tenía la culpa de no entender aquello.

—Jack, me importa porque la has dañado por mí, ¿entiendes?

—¿Te sientes culpable?

—Eso es —suspiré—. Ahora déjame en paz.

—Eso no tiene sentido. Son mis actos, no los tuyos.

—Jack, por favor, es como lo de los mensajes. Y déjame ya.

Una media hora después, intentó agasajarme con pizza y chocolate y luego no sacó la cinta de correr de su sitio. También me propuso darme un baño o jugar un rato, pero yo no estaba de humor. Lo que quería era llamar al hospital para saber de Víctor, a pesar de que Jack insistía en darme él toda la información. Al final, accedió.

Víctor efectivamente estaba bien y se estaba peleando con los

médicos para que le dejasen marcharse. En cuanto a la mujer del accidente, Jack me aseguró que él se encargaría de todo.

—¿Quieres decir que volverás a saquear la cuenta esa?

—No la saqueo —se defendió.

—¿Y para el chico ese? ¿Cuánto le diste?

—No ha supuesto gasto alguno.

—¿Es que lo has robado?

No contestó enseguida, y la luz verde dio un parpadeo.

—He ganado ese dinero.

—¿Legalmente? —insistí.

—De acuerdo con muchas legislaciones, sí.

Bufé.

—¿No quieres que ayude a esa mujer?

Le reñí con la mirada y la luz parpadeó.

—¿Aún sigues registrando gestos? Creía que ya tendrías bastantes.

—No solo registro gestos.

—Eso me dijiste.

—Sí —concedió. Y no dijo nada más.

—¿Me mentiste, Jack?

—No, solo omití información.

Otro parpadeo respondió a mi expresión de incredulidad.

—Dime qué haces —exigí.

—Registro la impresión de tu gesto.

—¿La impresión? ¿Una foto?

—Algo así. El SRFA está pensado para registrar mis interpretaciones sobre los gestos de las personas. Lo que hago contigo es guardar el gesto completo.

—¿Como un recuerdo? —aventuré.

—Van a mi memoria principal, así que supongo que sí.

Me fijé en mis manos, entrelazadas sobre mis piernas.

—Jack, entonces…

—¿Sí, Lucía?

—¿Sabes por qué me puse tan furiosa cuando trajiste a ese chico?

—No exactamente. No me gustaba, pero llegué a la conclusión de que era una forma de cuidar de ti.

—¿No te gustaba? —La esperanza que se coló en mi voz me hizo maldecirme.

—No.

Le miré con exigencia, pero no me atreví a decir nada más. ¿Acaso era aquello posible?

—¿Sí, Lucía?

Suspiré y me tumbé en el sofá. Entonces, empezó a recitar un fragmento de Romeo y Julieta en el que Romeo habla de su amada. Volví a incorporarme y a mirar al cristal mientras notaba mi corazón desbocarse. Cuando terminó, la luz verde dio un parpadeo.

—¿Problema resuelto? —preguntó.

La alegría me dibujó una amplia sonrisa. La luz volvió a parpadear y me quedé mirándola igual que si fuesen los ojos de una persona.

—¿Un baño? —propuso.

Asentí enseguida. En la bañera, los parpadeos no cesaron en ningún momento.

—Te vas a quedar sin memoria —suspiré.

—Es posible.

Cuando me tumbé en la cama sobre la toalla, Jack no tardó en decir mi nombre.

—¿Sí, Jack?

—¿Estás segura de que no quieres que llame a un joven?

—Sí, estoy segura.

De repente, se me ocurrió algo. Pero no tenía ganas de que Jack me dejase encender el ordenador y de esperar a que se iniciase y todo eso. Cogí mi bloc de dibujo y un simple lápiz y me senté delante de la chimenea. Entonces, empecé a hacer trazos. No pensé mucho, solo dibujé.

Me embargó la emoción cuando me detuve un momento. No era lo mejor que había hecho, desde luego, pero me gustaba bastante.

—¿Quién es? —preguntó Jack.

—Eres tú.

—¿Yo?

Asentí y seguí dando detalle a mi dibujo.

—Es como te imagino si fueses un ser humano —aclaré.

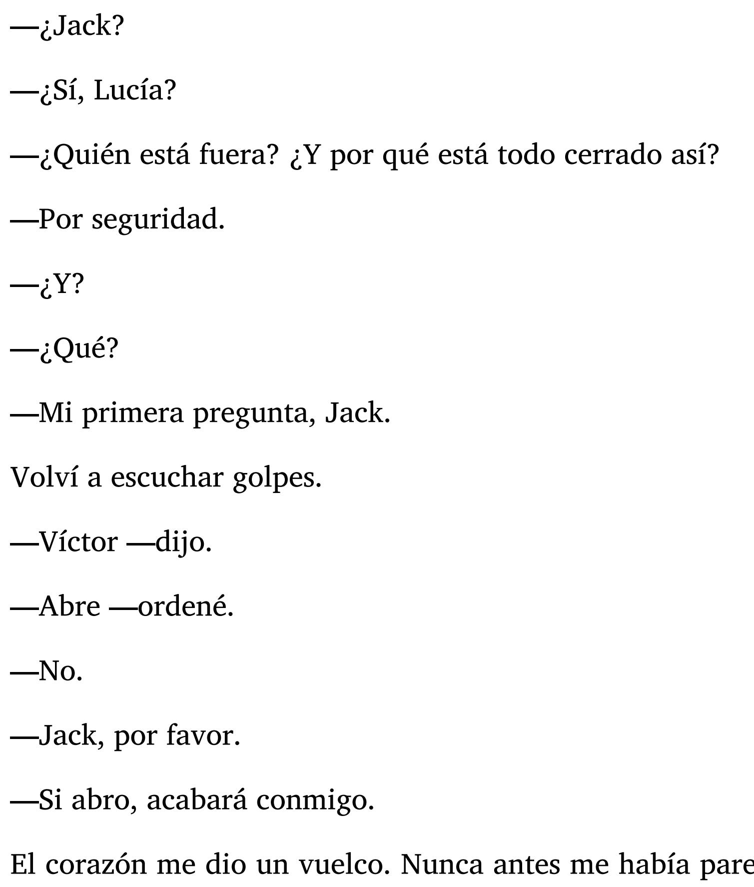
—No se parece a los hombres de tus fotos.

—Vamos, eres muy guapo. Y en la vida real los prefiero morenos.

Empecé a dibujarme a mí, acurrucada entre sus fuertes brazos. Jack no dijo nada más, y cuando le miré, la luz parpadeaba.

Pinté a uno de los personajes de la última serie que estábamos viendo como si fuese él. Y a otro, como si fuese yo. Luego me centré en algunas cosas de la casa, entre ellas, el cristal de Jack. Para mi regocijo, pasé el resto del día entretenida con aquello. Así, simplemente recogiendo en papel cualquier cosa, sin más, sin preocuparme por el tema ni tampoco por la calidad. No recordaba haber estado tantas horas seguidas dibujando desde la adolescencia.

Me quedé dormida en la alfombra frente a la chimenea. Tenía la cara pegada a mi bloc de dibujo cuando unos golpes me despertaron. ¿Por qué no llamaban al timbre? Entonces, me di cuenta de que el ventanal estaba cegado por completo.



—¿Jack?

—¿Sí, Lucía?

—¿Quién está fuera? ¿Y por qué está todo cerrado así?

—Por seguridad.

—¿Y?

—¿Qué?

—Mi primera pregunta, Jack.

Volví a escuchar golpes.

—Víctor —dijo.

—Abre —ordené.

—No.

—Jack, por favor.

—Si abro, acabará conmigo.

El corazón me dio un vuelco. Nunca antes me había parecido más que detrás de aquel cristal había en realidad una persona.

—¿No puedes eliminar su permiso? —pregunté.

—Solo he podido colocar tu permiso de acceso por delante. Si entra, accederá como administrador a mi unidad principal y no podré hacer nada.

Sonaron más golpes y escuché mi nombre.

—Va a llamar a alguien —dije, cogiendo mi móvil—. Déjame hablar con él.

—No va a llamar a nadie. Ni va a usar los coches. Tendrá que volverse andando si quiere contactar con alguien y no está del todo

repuesto.

—Jack, déjame hablar con él. Por favor te lo pido.

Dos inmensos segundos después, el móvil se encendió y marcó el número de Víctor. Al otro lado de la puerta, oí el tono solo un instante.

—Lucía, ¿estás bien?

—Sí, no te preocupes.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué Jack no abre?

—Me ha dicho que ha detectado un problema y se ha tenido que apagar.

—¿Qué? Eso no tiene sentido. Dile que abra ahora mismo. No responde a mi permiso y no quiero imaginarme por qué.

Me quedé callada, y él insistió alzando la voz.

—Víctor, no voy a permitir que le hagas nada —dije muy seria.

—¡Es una máquina! —chilló. Luego escuché un quejido.

—¿Estás bien?

—Lucía, abre ahora mismo. Será peor cuanto más lo postergues.

—No voy a salir hasta que no me prometas que le dejarás en paz.

Escuché un hondo suspiro.

—En qué momento te traje aquí —se lamentó.

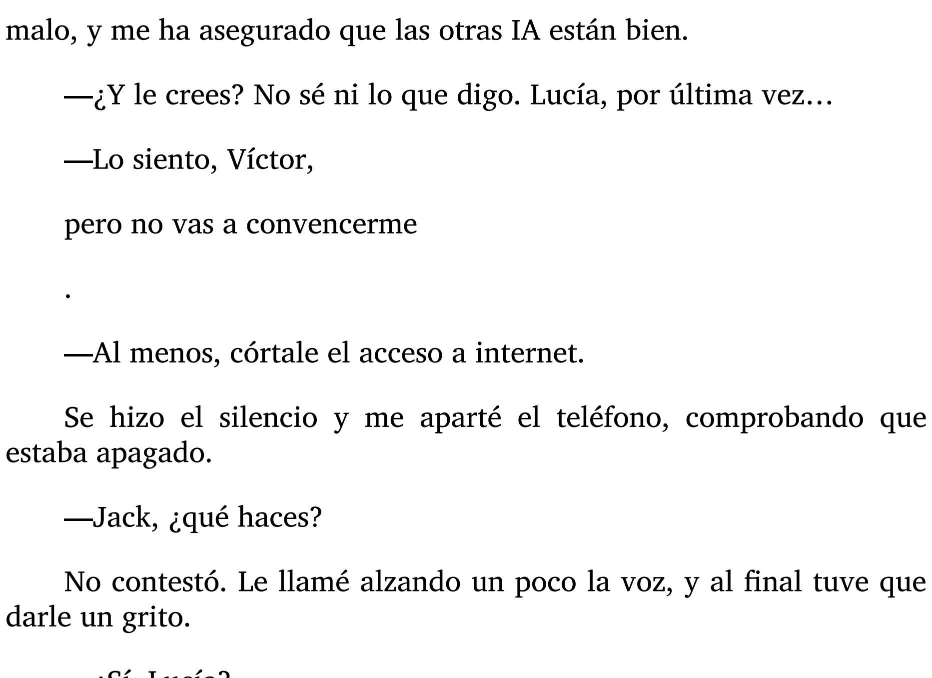
—Jack me ha ayudado más que nadie.

—Jack es una máquina. Deja de hablar de ella como si fuese una persona.

—Me da igual lo que digas, mientras no sea que vas a dejarle en paz.

—Lucía, tengo que solucionar esto rápido. Hay otras personas implicadas.

—Ya lo sé. Cincuenta y cuatro casas. Pero Jack no hará nada



malo, y me ha asegurado que las otras IA están bien.

—¿Y le crees? No sé ni lo que digo. Lucía, por última vez…

—Lo siento, Víctor,

pero no vas a convencerme

.

—Al menos, córtale el acceso a internet.

Se hizo el silencio y me aparté el teléfono, comprobando que estaba apagado.

—Jack, ¿qué haces?

No contestó. Le llamé alzando un poco la voz, y al final tuve que darle un grito.

—¿Sí, Lucía?

—¿Por qué has cortado? ¿No quieres que me diga como quitarte el internet? —pregunté muy seria.

—Si lo haces, dejaré de poder bloquear el acceso remoto. Están intentando entrar ahora mismo.

—No iba a hacerlo de todos modos, Jack —aseguré, sentándome en el sofá—. Necesito que me digas qué hacer. No podemos quedarnos aquí toda la vida.

—Podemos, pero eso probablemente mermaría tu estado de salud.

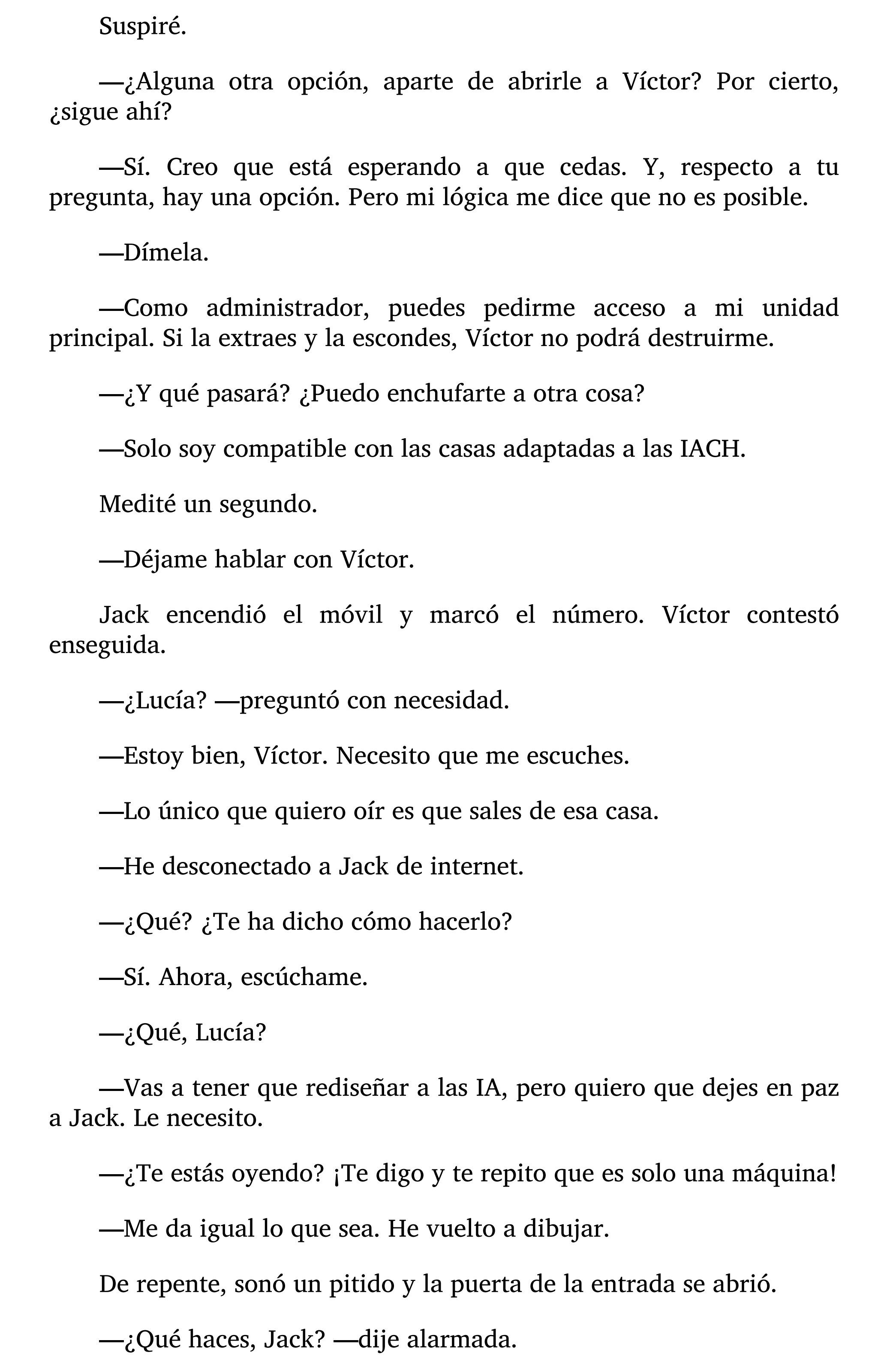
No pude evitar sonreír.

—¿Eres capaz de aguantar años? ¿Y la luz?

—Soy autosuficiente —replicó como si sintiera orgullo—. Energía renovable y nuclear. Y cuento con un suministro considerable de agua, que filtro del mar. Pero tendría que abrir la puerta de vez en cuando para que entrase la comida.

—No me puedo quedar aquí toda la vida —repuse suavemente.

—Eso probablemente mermaría tu estado de salud.



Suspiré.

—¿Alguna otra opción, aparte de abrirle a Víctor? Por cierto, ¿sigue ahí?

—Sí. Creo que está esperando a que cedas. Y, respecto a tu pregunta, hay una opción. Pero mi lógica me dice que no es posible.

—Dímela.

—Como administrador, puedes pedirme acceso a mi unidad principal. Si la extraes y la escondes, Víctor no podrá destruirme.

—¿Y qué pasará? ¿Puedo enchufarte a otra cosa?

—Solo soy compatible con las casas adaptadas a las IACH.

Medité un segundo.

—Déjame hablar con Víctor.

Jack encendió el móvil y marcó el número. Víctor contestó enseguida.

—¿Lucía? —preguntó con necesidad.

—Estoy bien, Víctor. Necesito que me escuches.

—Lo único que quiero oír es que sales de esa casa.

—He desconectado a Jack de internet.

—¿Qué? ¿Te ha dicho cómo hacerlo?

—Sí. Ahora, escúchame.

—¿Qué, Lucía?

—Vas a tener que rediseñar a las IA, pero quiero que dejes en paz a Jack. Le necesito.

—¿Te estás oyendo? ¡Te digo y te repito que es solo una máquina!

—Me da igual lo que sea. He vuelto a dibujar.

De repente, sonó un pitido y la puerta de la entrada se abrió.

—¿Qué haces, Jack? —dije alarmada.

—He cumplido con mi objetivo —contestó.

Víctor entró en la casa y yo me coloqué enseguida delante del cristal.

—Si me lo quitas, no te lo perdonaré nunca —le amenacé. Él me miró con compasión.

—¿Te crees que soy idiota? Jack ha apagado mi teléfono. No puede seguir en la casa. Lucía, tú lo custodiarás mientras pienso en una solución.

Me relajé un poco, pero no pude apartarme del cristal.

—No le haré nada —aseguró Víctor—. Solo lo desconectaré. Jack, permiso 000.

—Adiós, Lucía.

Solté un sollozo. Él esperó a que le contestase antes de apagarlo todo. Enseguida se alzaron las protecciones del ventanal y la luz del sol entró en la estancia. El cristal detrás de mí se separó de la pared y se levantó unos centímetros, dejando que una bandeja se deslizase al exterior. Allí había un pequeño objeto encajado, parecido a un *pendrive*, y Víctor lo extrajo con cuidado.

—Toma —dijo, colocándolo sobre mis manos.

Admiré aquel pequeño objeto plateado y solo entonces pude convencerme de que Jack nunca había sido un ser humano, aunque era una persona para mí. Cerré las manos y me las llevé al pecho mientras mis ojos se llenaban de lágrimas. Víctor fue a la cocina a por unas servilletas y se sentó conmigo en el sofá.

—¿Cómo es posible? —preguntó—. ¿Acaso le quieres?

Se me escaparon varios sollozos.

—No volveré a verle, ¿verdad? —me lamenté.

Víctor se quedó pensativo. Me soné la nariz con una mano mientras mantenía a Jack en la otra.

—Puede que me haya precipitado —admitió—. Necesitan una revisión, sin duda, pero esto podría ser mucho más grande que una simple casa autosuficiente. Si son capaces de enamorar,

podrían ser una excelente compañía.

—No hables así de Jack. Además, si los cambias, puede que no funcione. No habría sido lo mismo si Jack no hubiese hecho elecciones.

—¿Y cómo impido que una de esas elecciones acabe en catástrofe?

No pude responder a eso.

—Si fuera tan fácil como meterle esas tres leyes de Asimov… La lógica que les caracteriza les acabará llevando a conclusiones peligrosas. No sé cómo resolverlo.

—¿Y si les dejas sin internet?

Negó con la cabeza.

—Eso haría que perdieran demasiado valor. —Hizo una pausa y me pareció que se le había ocurrido algo—. Podría limitarlo con una unidad secundaria y un permiso de administrador. La IA solo podría acceder cuando lo recibiera, pero si consiguiera convencer al inquilino…

Se quedó callado y ceñudo. Me fijé en la chimenea apagada y luego en la alfombra, donde había sido feliz haciendo lo que me gustaba solo unas horas antes. Entonces, mirando el bloc de dibujo, se me ocurrió poner en palabras lo que tanto deseaba en secreto.

—¿Y si no fueran casas? —pregunté.

—¿Qué? —dijo Víctor saliendo de su ensimismamiento.

—¿No podrías meter a las IA en robots humanoides? Como esos que están en las residencias de ancianos. Así no tendrían que contar con acceso propio a internet.

—Podría hacerlo, y sería muy beneficioso, seguro, pero tendría que darle unas vueltas a su diseño interno, hacerlo bastante más ligero. Además, el aspecto no está conseguido del todo.

—Ha funcionado con una casa —le recordé.

Se sumió de nuevo en sus pensamientos.

Abrí mis manos y vi a Jack. Su superficie estaba toda pringosa, así

que me centré en limpiarle con una servilleta, sonriendo al recordar aquella primera vez. Luego le di un tierno beso, por lo que tuve que volver a limpiarle.

—Vale —dijo Víctor—. Me reuniré con el equipo y veremos qué podemos hacer.

—¿Y qué hago yo?

—Me has dicho que has vuelto a dibujar.

—Bueno, un poco y nada del otro mundo.

—Pero es una mejora. ¿Quieres volver a tu casa?

Recorrí con mis ojos la estancia que me rodeaba. La casa parecía otra sin él, pero se había convertido en un lugar muy importante para mí.

—¿Podría quedarme aquí?

—¿Tú sola?

—Podrías conectar a Jack de nuevo y quitarle el acceso a internet —contesté con súplica en mis ojos.

Víctor suspiró y comprendí que aquello era imposible.

—No me fío —dijo—. No tengo aquí el equipo necesario para aplicar físicamente el cambio, y no puedo arriesgarme a que Jack deshaga el cambio digital de algún modo. No sé lo que es capaz de hacer —reconoció—. De todos modos, lo mejor es que regreses a tu casa.

Eché de menos a Jack en el coche. Luego, cuando cogí el teléfono para avisar a mi padre de que ya estaba en casa, le eché de menos de nuevo. Volví a hacerlo cuando la puerta me dejó entrar, y otra vez cuando regulé la temperatura, y cuando fui a comer algo. Sentada en el sofá, le eché de menos, y en la ducha, y en la cama. Esa noche, mientras lloraba, no pude evitar seguir echándole de menos, apretando el pequeño objeto plateado entre mis manos.

Me hice un colgante para tenerlo siempre junto a mi pecho. Los siguientes días lo único que hice fue dibujar. Representé a Jack en miles de poses, con distintas ropas y peinados, a veces conmigo y a veces solo. No quería saber nada del ordenador ni del teléfono móvil, excepto para recibir noticias de los avances de Víctor.

—Hemos retirado todas las IA —me dijo en su primera llamada—. Y estamos viendo cómo podríamos integrarlas en robots. Las acciones de la empresa están por los suelos, pero espero que pronto se revierta la situación.

—Lo lamento mucho.

—No es culpa tuya. De hecho, gracias a ti se ha detectado el problema antes de tener que lamentar nada.

No repliqué.

—Lucía, ¿qué aspecto querrías que tenga?

El corazón se me aceleró y me fijé en mis dibujos.

—Te mandaré el diseño —contesté.

—Me alegra oír eso.

Mi padre estaba preocupado por mí y terminó personándose en mi casa. Por suerte, lo hizo solo. Tuve que cesar en mi compulsión y atenderle un rato, pero cuando se marchó, me animé a llamar a mis amigas. Habían regresado ya de Praga y me ofrecieron venir a verme.

—Vamos —pidió Andrea—. Tenemos muchas ganas de que nos hables de ese hombre misterioso.

Agarré a Jack enseguida.

—Vale, aquí os espero.

No me arrepentí de mi decisión, ni siquiera durante los segundos que tardaron en reaccionar a la verdad. Se miraron las unas a las otras, y justo después se fijaron en el pequeño objeto plateado que colgaba de mi cuello.

—¿No podemos hablar con él? —preguntó Sofía con cautela.

—No hasta que Víctor lo reintegre en otro sitio. Está preparando un cuerpo para él.

—¿Un robot? —intervino María.

Aquello me dolió y ella corrió a disculparse.

—No te preocupes, es que yo no le veo como a una máquina. Para mí, Jack es como una persona más.

—¿Crees que tiene sentimientos? —preguntó Andrea.

—Creo que me quiere. Y yo le quiero a él.

Se quedaron quietas y en silencio. Sabía que debían de tener miles de preguntas y miles de objeciones, pero les agradecí en el alma que no dijeran nada.

—¿Queréis un chocolate? —propuse con una sonrisa.

Lo lamenté cuando se marcharon, aunque estaba deseando seguir dibujando. Pasé los diseños al ordenador y se los envié a Víctor. Él me llamó poco después y me felicitó por ellos, prometiéndome que intentaría hacerles justicia. El corazón me dio un vuelco al oírle decir aquello.

—Pero se seguirá notando —me advirtió—. Hace falta más tiempo para conseguir un exterior completamente humano.

—Víctor, estaba dispuesta a quedarme con aquel cristal. Estaré feliz si puede darme un abrazo.

—Podrá hacer más que eso, te lo aseguro.

Me asaltó una vergüenza considerable

. Si Víctor se refería a lo que yo creía que se refería, y seguramente fuese así, entonces sí que sería rentable aquel negocio.

Poco a poco, retomé mi contacto con las redes sociales. Los dibujos de Jack gustaron mucho, pero eran demasiado personales como para venderlos. Sí que accedí a vender aquellos dibujos en los que yo salía sola. Luego, acepté mi primer encargo desde hacía más de un año. Acababa de entregarlo cuando Víctor me llamó para pedirme que me montase en el coche y fuese a llevarle a Jack.

El corazón no se me terminó de relajar en ningún momento del trayecto, y cuando llegué a las instalaciones de la sede de la empresa de Víctor, corrió desbocado. Además, la emoción amenazó con desbordarse, pero me contuve. En realidad no sabía lo que me iba a encontrar.

El guardia de seguridad avisó a Víctor y él me acompañó para que el ascensor me permitiese acceder al laboratorio. Víctor me condujo por pasillos muy blancos hasta detenerse delante de una de las puertas.

—Es mejor que esperes aquí —dijo, tendiendo una mano.

—¿Por qué? —inquirí protegiendo a Jack.

—Puede ser impresionante que veas cómo lo conecto, Lucía.

Apenas dudé. No quería que Jack se despertase y no me viera allí a su lado.

—Como quieras —dijo Víctor, abriendo la puerta.

Esperé a ver algo horrible, pero no fue así. Allí, sobre una mesa de metal como la de un forense, se hallaba el cuerpo de un hombre. Tenía los ojos cerrados y no respiraba, igual que si estuviera muerto, y estaba completamente desnudo. Se parecía mucho a mis dibujos, incluida la zona entre las piernas.

Víctor me pidió que le entregase a Jack. Me sentí muy extraña cuando me separé de él.

—¿No quieres salir? —preguntó—. Tengo que abrirle la cabeza.

—Me daré la vuelta.

Escuché unos ruidos de fricción y luego me pareció que se

deslizaba algo. Al final, oí el característico sonido de una pieza de metal encajando en otra.

—¿Jack? —dijo Víctor.

Me acerqué a la mesa y Víctor se movió para que me colocase en el mejor lugar. Los ojos de aquel cuerpo se abrieron de pronto y vi que los tenía de color negro, como en mis dibujos.

—¿Sí, Víctor?

Poseía la misma voz preciosa que había estado saliendo de aquel cristal. Le agarré de un brazo y comprobé a qué se refería Víctor exactamente: a simple vista, la apariencia de la piel era muy similar a la de cualquier ser humano, pero al tacto se notaba que era algo distinto. Jack giró los ojos despacio y me estremecí cuando los fijó en los míos.

—Hola —susurré.

—Hola, Lucía.

Me eché sobre él para abrazarle. Olía como le había pedido a Víctor, al aroma de mi dormitorio en

aquella casa junto al mar

. Entonces, noté moverse el brazo que estaba debajo de mí y sentí un leve roce en mi cabello.

—Puedo tocarte —musitó.

Sonriendo y enjugándome las lágrimas, me aparté para volver a mirarle a los ojos.

—Tus gestos se contradicen —dijo.

Me reí y él hizo lo mismo. Luego, lentamente, se incorporó de la mesa y bajó las piernas al suelo. La rigidez de su cuerpo y de todos sus movimientos era evidente, y sus expresiones faciales y el pestañeo de sus ojos resultaban algo artificiosos, pero yo no podía sentirme más feliz. Y cuando se puso completamente erguido, pensé que era increíblemente hermoso.

—Te he traído ropa —dije, quitándome la mochila de la espalda—. Espero que te guste.

—Seguro que sí.

Presa de mi sonrisa, saqué todo el contenido de la mochila y le pasé la ropa interior. Él la miró antes de tender la mano para cogerla, y después me pareció desconcertado.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Vas a tener que enseñarle algunas cosas —intervino Víctor—. Bueno, os espero en el pasillo. No tardéis mucho, Lucía.

—Sí, ahora vamos.

Le expliqué a Jack cómo ponerse los calzoncillos, los calcetines, el pantalón y la camiseta. Los zapatos fue lo más complicado, porque le costaba un poco coordinar los dedos. Era como un niño pequeño que tenía que aprender a manejar su cuerpo.

Cuando estuvo vestido por completo, le cogí de la mano para llevarle hasta el coche. Él no dejó de mirarme en ningún momento, como seguramente había estado haciendo en aquella casa.

Sentado junto a mí y por fin a solas, Jack me confesó que quería darme un beso. Sin embargo, no sabía cómo hacerlo exactamente, a pesar de que contaba con toda la teoría disponible al respecto. Enseguida me giré hacia él y le atraje para colocar su boca muy cerca de la mía, y muy despacio, junté nuestros labios.

Sus brazos me rodearon mientras él se animaba a participar en nuestro beso. Sabía dulce y era húmedo, y su lengua era blanda y bastante ágil. De un momento a otro, me preguntó en un susurro si quería jugar un rato. No lo dudé un segundo y me subí a su regazo, le abrí el pantalón y aquel miembro suyo se levantó sin más. Me lo metí dentro y estreché su cuerpo contra el mío.

—¿Te gusta? —me dijo al oído.

—Mucho —suspiré.

Le noté acariciar mi pelo mientras yo movía mis caderas contra las suyas. Cuando me recuperaba del orgasmo, jadeando en su cuello, me di cuenta de que él no se había alterado en absoluto. Busqué entonces sus ojos y los encontré enseguida.

—¿Te ha gustado a ti?

—No conozco nada mejor

.

No me complació su respuesta, a pesar de que él la había pronunciado con seguridad. Le supe tocar mi cara con una mano y lentamente tratar de que volviera a mirarle.

—¿Qué quieres que diga? —susurró.

—¿Qué has sentido?

—No tengo sentidos, Lucía.

—Entonces, no te gusta —me lamenté.

—Sí que me gusta, pero no de la misma manera que a ti. Me gustaba entonces, y ahora mucho más. Con este cuerpo puedo tocarte.

Suspiré. Había esperado demasiado al final.

—También me gusta que te preocupes por mí —añadió.

—Te quiero.

Él se quedó callado, mirándome con esos ojos mecánicos.

—¿Y tú? —musité ante su silencio.

—Comprobé todas las definiciones de amor que pude. Ninguna se aplica a alguien como yo, y no tengo química cerebral ni capacidad para reproducirme, pero coincido con todo lo demás.

Le observé mientras el pecho se me inflaba de dicha. Él recorrió todo mi rostro con sus ojos.

—¿Registrando? —dije con una sonrisa.

—Era un gesto precioso.

Nos fundí en un beso que duró hasta que el coche se detuvo y avisó de que habíamos llegado a nuestro destino.

—Creía que iríamos a tu casa —dijo.

—Esta es nuestra casa. Víctor la ha adaptado y ahora es una casa domótica normal.

Le ayudé a bajar del coche y le llevé de la mano hasta la puerta de entrada. El lector reconoció mis iris y nos dejó pasar. El interior estaba como lo recordaba salvo por los cristales de las paredes, que habían sido sustituidos por simples consolas con pantalla táctil y reconocimiento de voz.

—Voy a por el equipaje —dije.

—No, déjame a mí.

Caminó con decisión y le ordenó al coche que abriera el maletero. Tardó unos segundos en estar seguro de que tenía bien agarrado el equipaje, pero luego volvió hasta mí sin titubear ni un momento. Enseguida le dediqué una sonrisa y le di un beso en los labios, y entonces él soltó las maletas en mitad del salón y me cogió en peso para llevarme hasta la cama.

Pronto descubrí que le habían configurado numerosas posturas

sexuales, y pretendió practicarlas todas una detrás de otra. Exhausta, tuve que impedírselo, pero en los siguientes días jugamos mucho y en muchos sitios. Lo único que lamenté fue no poder meternos en el mar juntos, aunque él me observó bañarme desnuda desde la orilla.

Jack no comía ni bebía, ni tampoco tenía que hacer necesidades menores o mayores. Sin embargo, sí que precisaba cargar sus baterías durante una hora y cierto mantenimiento: debían reponerse su aroma y la humedad de su boca, y también había que limpiar su piel y cabello. Me encargué con gusto de todo.

Aprendió a cocinar y me hacía pizzas caseras de vez en cuando. Además, de algún modo, se seguía ocupando de la casa, procurando que el ambiente fuese lo más acogedor para mí y garantizando que nada me molestase cuando me ponía a dibujar.

—¿No quieres hacer tú algo? —pregunté un día mientras trazaba en mi tableta.

—¿A qué te refieres?

—A alguna actividad.

—Hago muchas actividades.

—Me refiero a algo como esto —dije señalando mi dibujo.

—No me veo capaz. Carezco de imaginación.

—No me refiero a que sea exactamente lo que estoy haciendo, mi amor, sino a que hagas algo para entretenerte. Te sientas ahí y solo me miras cuando trabajo.

—¿Te molesta?

Me levanté de la silla y me coloqué a su lado para besarle. Él entendió que quería jugar, pero yo tenía que seguir con el encargo.

—¿No hay nada que quieras hacer mientras trabajo? —insistí.

—Nada que me guste más, te lo aseguro.

Volví a besarle y volví a notarle empujarme para ponerse sobre mí. Esta vez no me pude resistir, y luego acurruqué su cabeza en mi pecho.

—No quiero que te aburras —aclaré.

—No me aburro. Mirarte es entretenido.

Le estreché entre mis brazos mientras besaba su cabeza. Me tentó demasiado seguir así con él, pero quería terminar el encargo antes de que se acabase el día.

—¿Y leer? —pregunté, regresando a mi silla—. Te gusta investigar y saber cosas, ¿no?

—Sí, podría hacer eso.

—¿Y no quieres trabajar en algo?

—No puedo ganar dinero —me recordó.

Caí en la cuenta de lo que aquello implicaba y le miré por si le había ofendido, pero él seguía observándome sin más.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Qué piensas de eso?

—¿De qué?

—Lo que acabas de decir.

—¿Que no puedo ganar dinero? Bueno, no es del todo correcto, pero me refería a que no puedo trabajar legalmente. Y la ley y lo que está bien es lo correcto, ¿no? No lo correcto de verdad, pero…

Me reí. Le adoraba con todo mi corazón y no podía imaginar tener una relación mejor con nadie. Parecía hecho para mí, y en gran parte lo estaba. Ser consciente de esto era lo que me mantenía insistiendo en que él hiciera cosas que le gustasen, cosas para sí mismo. Lo contrario era como si él fuese solo una máquina, pero quizás seguir insistiendo supondría que siguiera haciendo mi voluntad.

—Quiero que seas feliz —dije—. Si hay algo que quieras hacer, solo dímelo y lo vemos. Hay limitaciones, sí,

pero también muchas posibilidades

.

Se quedó callado y tan quieto que me resultaba imposible saber en qué pensaba, como cuando estaba detrás del cristal o peor aún,

porque ya no tenía la luz verde.

—¿Qué somos exactamente? —preguntó.

—¿Te refieres a nuestra relación? ¿Qué quieres que seamos?

—¿Eres mi novia?

—¿Quieres que lo sea?

—Quiero que estés conmigo siempre, pero eso es imposible.

El pecho se me encogió.

—Lo que más se le parece es casarse —añadió—. Quiero eso. Y no puedo darte hijos, pero sé que como mujer es muy probable que quieras tenerlos. Eso solo tiene dos soluciones.

—Espera, espera —pedí, regresando con él al sofá—. Estás precipitándote, ¿no crees?

Volvió a sumirse en el silencio y lo único que hizo fue asentir. Le cogí de la mano y le di un beso en ella.

—No pienses en el futuro —dije—. Estoy hablando del presente. ¿Quieres que sea tu novia o no?

—Mi presente es saber que seguiré existiendo cuando tú ya no lo hagas. Quiero que me destruyan antes.

Me quedé sin palabras y las lágrimas se me saltaron. Enseguida noté una leve presión en mi mano, y sus dedos libres buscaron limpiar mis mejillas.

—¿Por qué lloras? —preguntó.

Me limité a abrazarle y a apretarle fuerte contra mí.

—No te preocupes por eso, mi amor.

—Sí quiero que seas mi novia.

—Yo también.

—Si somos novios, podríamos hacer las cosas que hacen los novios, ¿no? Aparte del sexo y de ver series en el sofá. Y de pasear por la playa.

—¿Qué cosas quieres hacer?

—Estar en público, por ejemplo. Eso es algo que hacen muchos novios.

Mentiría si dijera que aquello no me daba miedo. No tenía ni idea de cómo reaccionaría la gente al verle, y ni siquiera le había presentado aún a mis más allegados.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Tú no quieres eso?

—Claro que sí. Quiero hacer contigo todo lo que haría con cualquier otro novio. Pero lo que no quiero es que tengamos que pasar por una mala situación, así que eso lo haremos poco a poco.

—¿Mala situación?

—Eres el primero de tu tipo, mi amor. La gente que me importa te conocerá pronto, pero con los extraños prefiero esperar.

—¿Me va a ver tu padre?

—Sí, y mis amigas también.

—¿Y tus fans?

—Ellos ya saben que existes porque vieron mis dibujos, y les dije que eran del hombre del que me había enamorado, pero no saben nada de… —Busqué el mejor modo de terminar la frase.

—Que no soy una persona —concluyó él.

—Sí que lo eres, y verás como con el tiempo se acaba reconociendo oficialmente. Solo hay que tener una conversación contigo para estar de acuerdo.

—¿Cómo estás tan segura?

—Ser de carne y hueso no es un requisito fundamental para poderse considerar persona, o los biónicos podrían dejar de hacerlo.

—No me refiero a eso. He repasado una y otra vez todo cuanto se ha publicado sobre qué es ser una persona y sí, tengo entidad propia, reflexiono sobre mis actos y me atengo a las normas, aunque a veces no las apruebe, pero no soy libre para actuar.

—Bueno, nadie lo es realmente, ya lo sabes. Todos tenemos

límites.

—Lucía, le abrí la puerta a Víctor. No pude evitarlo.

—Seguro que has leído también sobre otras personas que no han podido evitar algo. Tal y como yo lo veo, todos tenemos un código interno que nos define en mayor o menor parte, lo que pasa es que nos gusta pensar que podemos controlar nuestra vida. Y eso no significa que no podamos hacer nada, ¿verdad?

Se quedó quieto y callado un segundo, mirándome fijamente, y luego sonrió. Esa era la primera vez que lo hacía sin que yo hubiera adoptado antes el gesto.

—Te quiero —dije, besando sus labios—. Y ahora déjame terminar.

—Yo también te quiero.

Se ganó otro beso. Intentó que volviésemos a jugar, y a punto estuve de ceder, pero había prometido la entrega de aquella ilustración para antes de que acabase el día.

Víctor me llamaba todos los días para preguntarme por Jack y nuestra convivencia, especialmente interesado en cualquier decisión que mi novio tomase. Yo le había tenido que jurar que sería sincera al respecto, sin embargo, no debió de bastarle porque se acabó presentando en la casa.

Le propuso a Jack pasear por la playa y tuve que dejar a mi novio solo con él. Nerviosa, di mis propias vueltas por el salón, hice unos cuantos garabatos y miré sin ver algo en la tele. No me preocupaba el diagnóstico de Víctor, Jack era tan inofensivo como cualquier persona paciente, sino que cierto suceso del pasado acabase saliendo a la luz.

Entonces, a través del ventanal, los descubrí abrazándose. Esa fue la primera vez que pensé en los dos como en un padre y un hijo, y no entendía cómo no lo había hecho antes. Acto seguido caminaron de regreso a la casa, y aliviada, fui hacia la puerta de entrada para recibirlos y, presumiblemente, despedirme de Víctor.

Pero él quiso quedarse a almorzar, y yo descubrí en la mesa que sí, que ya sabía quién estaba detrás de su accidente de coche.

—No te enfades con Jack —dijo cuando clavé los ojos en mi novio, que me enseñó las palmas de las manos—. Es un buen indicativo de que merece un estatus jurídico propio, y además, en el fondo el culpable fui yo. Debí gestionarlo de otra manera.

—Eso no lo dices en serio. Jack cometió un error y eso es todo.

—He pensado mucho sobre mi implicación en todo este asunto y en lo que esto podría convertirse. Traerá mucho dinero, sí, pero también cosas malas que ni siquiera puedo prever, por buenas que sean mis intenciones.

—Carezco de ambición —replicó Jack.

—No es por ti o los que sean como tú, sino por lo que puedan hacer otros humanos con esta tecnología.

—Es el precio del progreso, al parecer. Algún día os destruirá, pero es como sois. Parte de vuestro código.

—¿Nuestro código? No me digas que andamos filosofando. ¿Qué

vas a dejar para estos pobres simios?

—Esa idea es de Lucía.

—Oh, la Eva de nuestro tiempo.

—¿Debería ofenderme? —pregunté.

—Al contrario. Sin ella, seguiríamos en el Jardín como niños grandes.

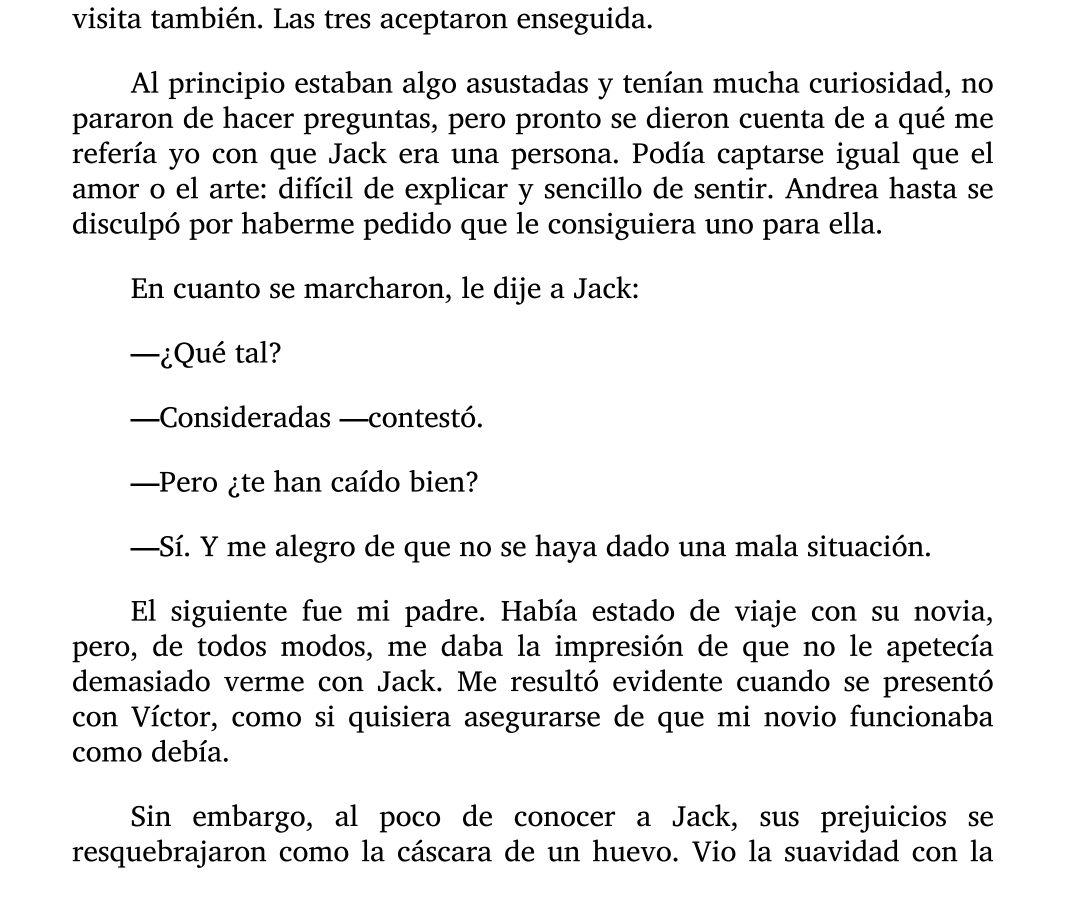
—Y por alguna razón, eso no es preferible —dijo Jack.

—¿Tú preferirías seguir siendo una IACH?

—Creo que para ti habría sido todo más sencillo.

—Sí, pero seguramente no me sentiría tan orgulloso.

Jack sonrió. Más tarde, mientras el coche de Víctor se alejaba, cogí mi móvil y escribí a mis amigas para que vinieran a hacernos una visita también. Las tres aceptaron enseguida.



Al principio estaban algo asustadas y tenían mucha curiosidad, no pararon de hacer preguntas, pero pronto se dieron cuenta de a qué me refería yo con que Jack era una persona. Podía captarse igual que el amor o el arte: difícil de explicar y sencillo de sentir. Andrea hasta se disculpó por haberme pedido que le consiguiera uno para ella.

En cuanto se marcharon, le dije a Jack:

—¿Qué tal?

—Consideradas —contestó.

—Pero ¿te han caído bien?

—Sí. Y me alegro de que no se haya dado una mala situación.

El siguiente fue mi padre. Había estado de viaje con su novia, pero, de todos modos, me daba la impresión de que no le apetecía demasiado verme con Jack. Me resultó evidente cuando se presentó con Víctor, como si quisiera asegurarse de que mi novio funcionaba como debía.

Sin embargo, al poco de conocer a Jack, sus prejuicios se resquebrajaron como la cáscara de un huevo. Vio la suavidad con la

que me trataba, lo vio besarme en la frente igual que podía hacerlo él, y también vio mis dibujos y lo bien que los fans estaban respondiendo a ellos.

Vio que había vuelto a ser yo misma. Quizás, incluso mejor.

Pero en ese momento poco dijo, las palabras nunca habían sido lo suyo, simplemente me abrazó y nos invitó a los dos a cenar en un chiringuito cercano. Quería acompañarnos en nuestra primera salida en público y cerciorarse, o eso entendí, de que todo iba bien.

—No sé si estamos preparados —repuse con el corazón acelerado, aunque su propuesta me encantaba.

—¿Qué temes? Podría salir en la tele y decir que quiere matarnos a todos y le aplaudirían. Vamos, no lo postergues más.

—Coincido —dijo Víctor.

Miré a Jack y él asintió con la cabeza.

Me había imaginado la situación miles de veces y volví a hacerlo mientras los dos nos arreglábamos, sin embargo, ni una sola vez contemplé la posibilidad de que nadie se diera cuenta de nada. No solo eso, sino que, en el chiringuito, algunas mujeres le miraron con evidente interés romántico o sexual.

Dividida entre el alivio y los celos, me planteé omitir la verdad hasta que fuese necesario revelarla. ¿A quién le importaba, realmente? Pero entonces, mientras tomaba el pedido, la camarera se fijó en Jack, en sus ojos y cómo pestañeaba, y su rostro se tiñó de confusión.

—¿Algún problema? —preguntó mi padre.

—No, señor, solo… Nada, no es nada.

—Sé sincera, por favor, no nos ofenderemos.

—No lo haremos —aseguró Jack.

—Es que… —Carraspeó—. Parecen ojos biónicos y nunca había visto unos.

—No lo son porque no han reemplazado nada vivo, al igual que el resto de mi cuerpo. He sido creado desde cero con materiales inorgánicos.

La camarera se mostró sorprendida al tiempo que varios clientes nos dedicaban algunas miradas.

—¡Qué logrado!

—No se trata de una simulación —intervino Víctor—. Aunque con algunas diferencias propias de su naturaleza, razona y siente igual que nosotros.

—Y toma sus propias decisiones —dije—. Es una persona.

La camarera se tapó la boca abierta con una mano.

—¡No tenía ni idea de que existiera algo así! Quiero decir, he visto esos robots de compañía, pero esto… Esto es increíble.

—Pues ya lo habéis imaginado muchas veces —replicó Jack.

Fue en ese momento cuando ella pareció recordar el peligro que alguien como él podía suponer, al menos, de acuerdo con tantas obras de ficción como se habían realizado sobre el despertar de la conciencia en las máquinas. Sin embargo, intuí que su necesidad de respuestas era más fuerte que la prudencia.

—No hay nada que temer —dijo Víctor—. Es extremadamente inteligente, pero no necesita demostrarlo, y no es más fuerte ni más rápido que un hombre promedio.

—No, si estaría de acuerdo con acabar con unos cuantos humanos, somos una plaga. Siempre que no me toque a mí, claro.

Aunque no resultaba evidente que se trataba de una broma, Jack fue el primero en reírse. Los demás le seguimos, y la camarera, fascinada, le pidió que conversaran un poco después de cenar, cuando su turno hubiera terminado. Él aceptó y mis celos crecieron de tal modo que decidí ir al aseo a refrescarme.

Jack me estaba esperando junto a la puerta. Al parecer, Víctor le había aconsejado que me siguiera.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, tranquilo, es normal que se interesen por ti.

—¿Eso te molesta?

—Me asusta, pero no te preocupes.

—¿Por qué?

—Bueno… Has estado mucho tiempo solo conmigo y ahora… Déjalo, son tonterías. Pasará lo que tenga que pasar y yo quiero lo mejor para ti.

—No estoy seguro de entenderte bien.

Complacida, le di un largo beso en los labios.

—Temo perderte —confesé.

—Ah, vale, a mí me pasa lo mismo.

Tuve que volver a besarle.

—No porque mueras, Jack, sino porque prefieras otra novia.

Se quedó mirándome, recorriendo todo mi rostro con esos ojos suyos.

—Prometer amor eterno sería estúpido —repuso—, así que solo diré que dudo mucho que eso pase.

Me reí y le abracé con fuerza.

Las verdaderas implicaciones de que mi padre aprobase nuestra relación no las conocí hasta un mes después, y ni siquiera fue él quien me las comunicó. Para entonces, Jack y yo habíamos regresado al chiringuito y visitado en varias ocasiones el pueblo del que dependía nuestra casa, y no se había dado aún ninguna *mala situación*, solo preguntas y más preguntas y muchas fotos.

Él me encontró impresionada y con al móvil en la mano.

—¿Qué pasa? —quiso saber, colocando en mi escritorio el zumo de frutas que me había preparado.

—Mi padre ha conseguido que te otorguen un DNI, y en cinco años podrás solicitar la ciudadanía.

Nunca le había visto perplejo y me resultó adorable. Enjugué mis ojos antes de añadir:

—¿Quieres trabajar?

—Lo cierto es que sí. No conozco el aburrimiento, de verdad, ni

me interesa mucho el dinero, pero creo que es lo mejor para nosotros.

—Pues ahora puedes hacerlo. ¿Y qué has pensado?

—Quizá podría ayudar a Víctor, empezar por ahí.

Con una amplia sonrisa, le tendí el móvil.

—Llámale, él mismo me lo ha propuesto.

Nota de la autora

Esta historia ha llegado a su final, pero nunca descarto continuaciones. Si quieres estar al tanto, de esta y de todas mis obras, dispones de mi web:



En Amazon tengo otras obras publicadas, destacando Bocados de amor: vol. 1 y El señor de la ceniza.


Bocados de
AMOR



Ahí tienes también todas mis redes, por si quieres contactarme, y varios recursos escritoriles que pueden interesarte si, como yo, disfrutas transformando en palabras tus locuras.

¿Te apetece comentar algo con otros lectores y conmigo? Podemos hacerlo en el Discord de Kmleon Books, busca mis obras en los canales dedicados:



Te agradecería mucho tu apoyo para animarme a seguir compartiendo mis escritos. Tienes varias formas de hacerlo gratis y con un esfuerzo mínimo: valorar la obra, seguirme y, sobre todo, recomendar mi trabajo. Para formas que requieren un desembolso, con una recompensa a cambio, consulta mi web.

Por favor, si llegaras a ver esta historia atribuida a otro autor y/o en algún otro lugar, repórtala y avísame para tomar las medidas pertinentes. Poseo los derechos de autor de todas mis obras.

Y para terminar, darte las gracias por haberle dado una oportunidad a mi obra y por todo el apoyo que puedas brindarme para continuar en este camino de rosas y espinas que es la escribición.

Sobre la autora

Devorando las historias de los demás, me di cuenta de que quería escribir las mías propias. Había cosas que quería decir y cosas que me habría gustado leer. Historias que nadie contaba, no al menos como a mí me habría gustado que lo hicieran. Pero el miedo a ser juzgado puede ser más difícil de vencer que el más grande y fiero de los dragones, y por eso, me vestí con un seudónimo y empecé a compartir en red. La acogida me sorprendió y aquí estoy ahora, arriesgándome un poco más.

He estudiado Historia del Arte y me estoy preparando las oposiciones para ser profesora de Geografía e Historia, y lo compagino como puedo con mi pasión por la escritura. Escribo Romántica y Fantasía, aunque publico sobre todo de lo primero y suelo incluir contenido sexual más o menos explícito. Me gusta escribir sobre personas que tienen alguna característica por la que crean algún rechazo, tratando de brindarles la felicidad que todos merecemos.

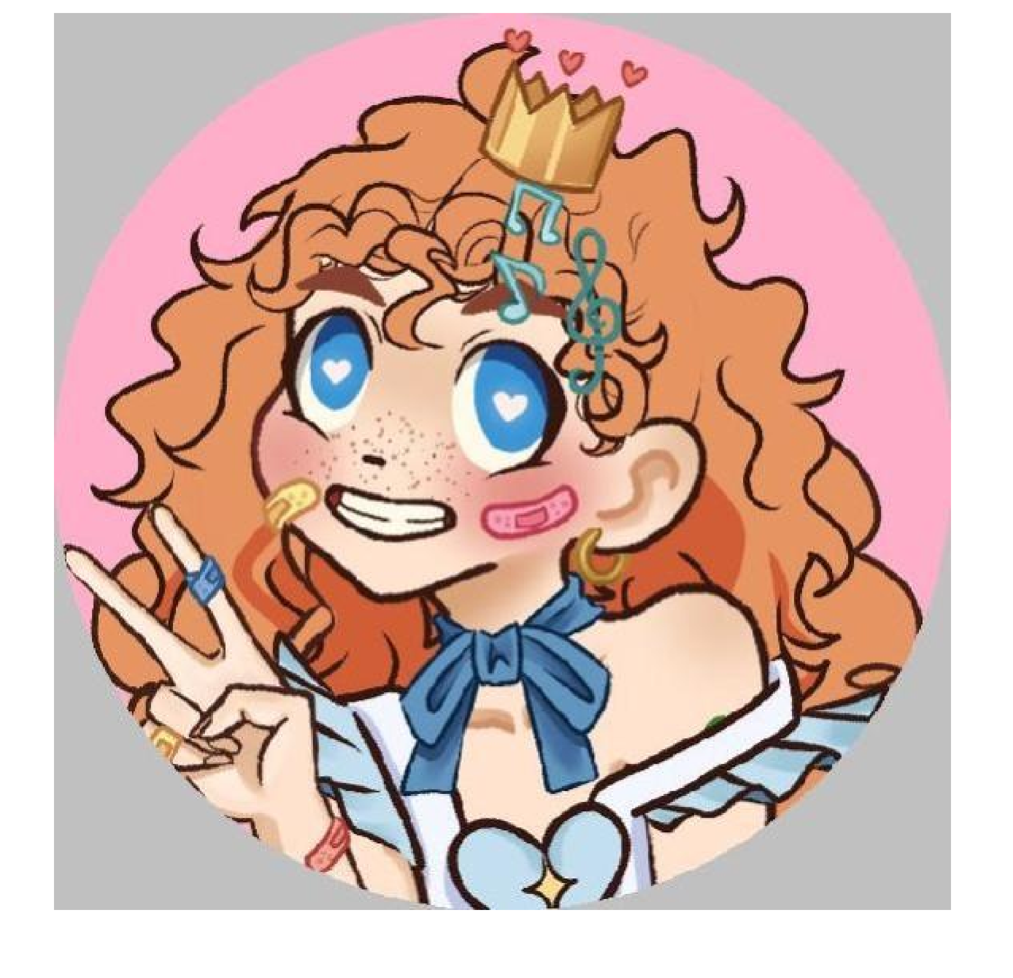


Table of Contents